La Ilustración Artística

Año XI — Barcelona 6 de junio de 1892 — Núm. 545

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SUMARIO

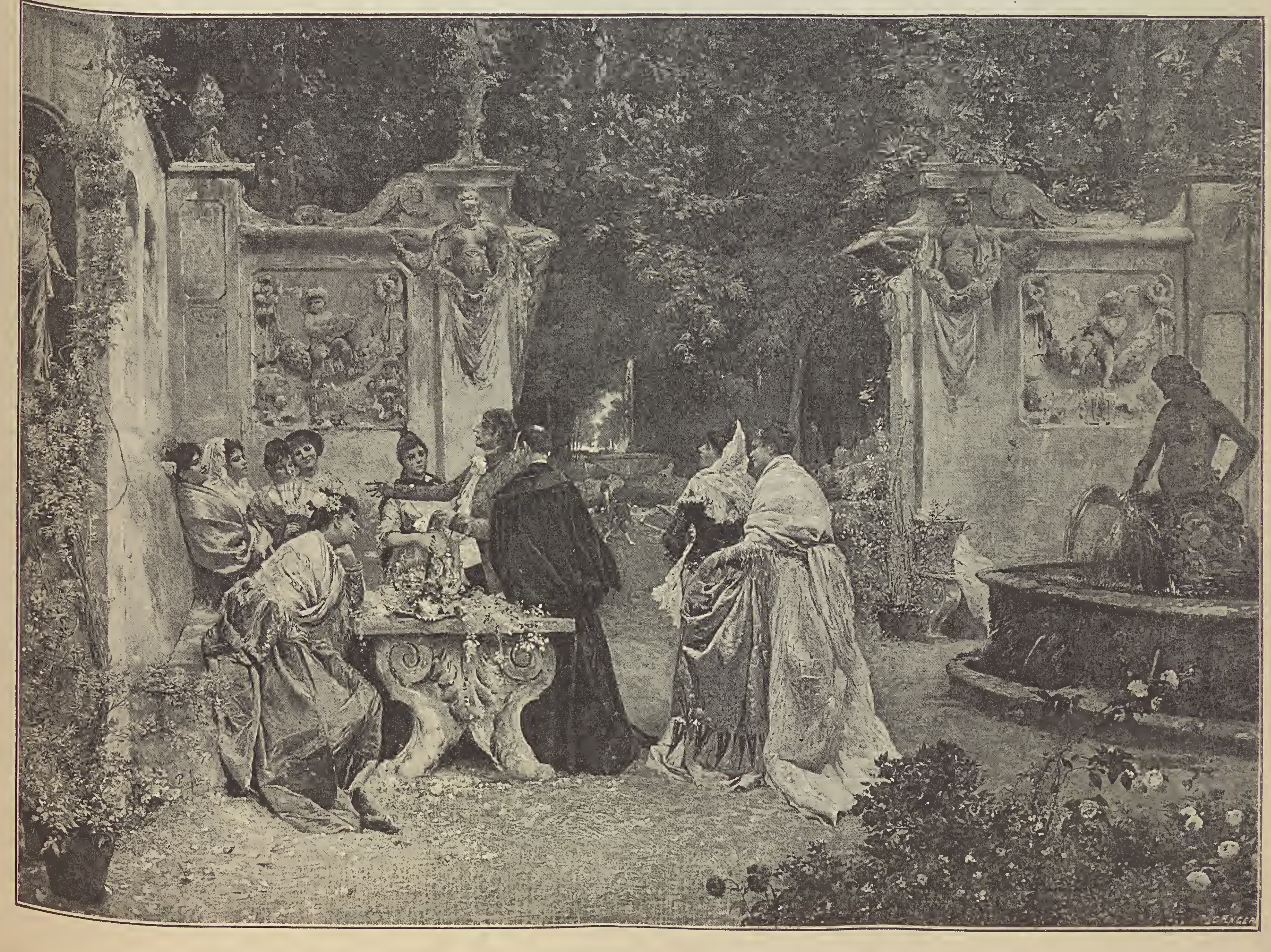
MURMURACIONES EUROPEAS

POR DON EMILIO CASTELAR

Tres festividades. – Estreno de *Salambó* en la Grande Opera. – Obsequios tributados al arqueólogo cristiano Rossi en las Catacumbas. – Conmemoración del Tasso en San Onofre. – Títulos del sabio en San Calixto y su iglesia honrado. – Recuerdos del poeta mártir que cantó la Jerusalén libertada. – Arqueología épica. – Conclusión.

I

Tres festividades artísticas ha presenciado Europa en las últimas corrientes semanas. Ha sido una el estreno de *Salambó* en París; ha sido el oficio de difuntos rezado en las catacumbas de San Calixto á su explorador el famoso Rossi, otra; la tercera el certamen literario consagrado al Tasso, el cuitadísimo poeta que desde la iglesia de San Onofre contemplaba en las horas de sus duelos el campo de Roma, sembrado por tantas ruinas, y el horizonte de Roma, henchido por tantas ideas. Critíquenme como les plazca los adoradores de la música moderna: yo desconfío de las óperas nuevas, como no sean hechura de viejos y acreditadísimos compositores. Muéveme á este afecto de natural desconfianza una larga y dolorosa experiencia. Durante mis residencias en París he asistido á estrenos de obras, las cuales debían recorrer el mundo, según sus admiradores, como en otro tiempo *Norma*, *Barbero*, *Lucía*, *Rigoletto*, *Hugonotes* y tantas otras cual tenemos todos así en el corazón como en la memoria y tarareamos en las horas de ocio y de recreo, pero que no han pasado de la explanada que ante la Grande Opera se extiende. ¿Quién sabe algo de un *Tributo de Zamora* debido á compositor tan famoso como Gounod? ¿Quién ha oído, fuera de los asistentes y abonados al teatro de la Opera, tantas y tantas produc-



DE SOBREMESA, cuadro de Pío Joris

ciones apenas brotadas cuando ya consumidas por el cruel olvido? Entre las bellas artes no hay ninguna que pueda falsificarse tanto por el artificio de cierta competencia técnica como la música, cuyas consonancias halagan mucho al oído, aunque lleguen poco al corazón. Bastan ciertas reglas más ó menos convencionales y cierta maestría en el contrapunto, con algo de imitación al maestro en boga, para escribir óperas aplaudidas en la noche de su estreno y olvidadas al siguiente mes, como las flores tempranas de prematura primavera. El predominio de la orquesta y sus sabios acordes sobre la melodía inspirada, facilita de tal modo la composición ahora, que nacen y mueren, así en Alemania como en Italia, las óperas con una facilidad increíble. Témome algo así de *Salambó*, libreto bien interesante, sacado de una magistral obra de arqueólogo, bordada sobre un tema como Cartago por el estilista Flaubert, y nada propia para inspirar á un músico. Aunque los críticos cuentan, y no acaban, del favor alcanzado por la obra, témome se hiele pronto en flor, quedando el texto de la partitura en el archivo de la Opera como el ave disecada en un museo.

II

Los obsequios consagrados á Rossi me recuerdan mis paseos romanos. Ibamos á las Catacumbas, é íbamos entre montones de ruinas. La desolación del paisaje no era, sin embargo, tan grande como la tristeza del alma. Desterrados, errantes, sin patria, nuestro pensamiento y nuestro corazón tenían también, guardaban también ruinas como aquel inmenso y volcánico suelo de las grandes desolaciones. Todo recordaba la muerte. Hubiéramos creído hallarnos en esferas, más que terrestres, infernales, si la naturaleza con el rocío matinal que descendiera de los aires, con la verde hierba que se levantaba entre las junturas de las piedras, con las flores primaverales que coronaban la hierba, con las mariposas que se mecían sobre las flores, con las hojas tiernas recién brotadas de las yemas, con los nidos cincelados ya entre el follaje, no hubiera querido recordarnos en tibia mañana de abril la perennidad de la vida y la eterna alegría de sus espléndidos festines. ¡Oh naturaleza! Inmóvil en medio del movimiento, una en medio de la variedad; empapada en el éter que la penetra por todos sus poros, y que forma como su atmósfera, como su espíritu; bajo la sucesión continua de seres orgánicos que cambian y se transforman, permanente é inmodificable; sujeta á la muerte, y eterna; sujeta al límite, é infinita; difundida en la inmensidad del espacio, y concretada en seres orgánicos; desde los astros que irradian su luz por las esferas, á las flores que empapan con sus aromas los aires; desde los gases impalpables que se desvanecen, á las sólidas cordilleras que mezclan con sus ventisqueros, donde la nieve blanquea, sus volcanes, donde reluce el fuego central; desde la nebulosa que lleva en germen orbes infinitos, á los grandes y gigantescos mundos, ya cansados de bogar por los espacios; desde el grano de arena que la onda remueve, á las últimas estrellas de la Vía Láctea, cuyo resplandor tarda siglos y siglos en llegar hasta nosotros, pobres desterrados adheridos á este pequeño planeta; en todo ese círculo, cuyo centro se halla, como dice la sabiduría moderna, en todas partes, y cuya circunferencia en ninguna, ¡ah!, no sucede el aniquilamiento total ni de una sola molécula; no existe, no, la nada, sombra de nuestro pensamiento, aprensión de nuestra poquedad, fantasma de nuestros sentidos, idea sin realidad, que las tristes limitaciones de nuestra lógica y la incurable imperfección de nuestro lenguaje nos ha obligado á poner en el eterno océano de la vida. Es verdad que algunos astros se han apagado en nuestro sistema solar, como faunas y floras enteras han desaparecido en nuestra corteza terrestre; pero ni se ha extinguido el calor de la vida universal ni ha cesado el crecimiento y el progreso de más perfectos organismos. Entremos, pues, en estas cavernas de ruinas, con el pensamiento puesto en la idea de lo infinito y el corazón puesto en la esperanza de la inmortalidad.

III

La más visitada de las catacumbas es la catacumba de San Sebastián, y la más digna de estudio detenido es la catacumba de San Calixto. A unas cuatro millas hacia el Oriente de Roma, entre la vía Apia y la vía Ardeatina, bajo montones de escombros donde se encuentran toda clase de restos despedazados, junto á bosquecillos de cipreses que aumentan la tristeza y la solemnidad del paisaje, enciérrase la más vasta y la más bella de las necrópolis cristianas, refugio de los perseguidos, vivero de los mártires, descanso de los muertos, templo de los vivos, asamblea de aquellos audaces innovadores, que traían una nueva luz á la historia y un nuevo ideal á la vida. Yo aconsejo á todos cuantos me leyeren que no vayan á contemplar estos sitios, sagrados por tantos conceptos, sin llevarse los libros, y sobre todo los planos, del célebre arqueólogo católico Rossi, últimamente honrado en solemnes conmemoraciones por la corte pontificia. Así como el explorador de los bosques de América, de la tierra del porvenir, penetra, de su cortante hacha armado, en aquellas selvas inexploradas, y derriba los árboles, y ahuyenta los reptiles, y arranca las enredaderas, y crea viviendas ó habitación á la familia, espacio al trabajo; este arqueólogo, explorador de un mundo subterráneo, se sumerge en las sombras, en el asilo de las aves nocturnas, bajo vacilantes bóvedas, entre laberintos de grutas, expuesto á ser aplastado por un desplome de las frágiles paredes, á perderse para siempre en cualquier recodo de aquellas ciudades de tumbas, en aquel infierno de palpables tinieblas, confundiendo su esqueleto con los muertos que ha intentado arrancar al silencio de triste é ingratísimo olvido. ¡Cuántas veces la esponjosa toba llovía su menuda lluvia de arena sobre la frente de aquel hombre! ¡Cuántas veces un alud de piedras, de ladrillos, rodaba hasta sus plantas y lo envolvía en espesas nubes de polvo, que embargaban toda respiración á sus fatigados pulmones! ¡Cuántas veces perdía el derrotero en aquel inmenso laberinto, el norte en aquel océano de tinieblas, y se imaginaba haber perdido también toda salida, y haber topado con segura muerte por sed, por hambre! Pero á la incierta luz de mortecina lámpara, minero audaz del espíritu humano, buzo de los abismos del tiempo, leía la inscripción trazada quince siglos antes por uno de aquellos sectarios que acababan de recoger en el Circo Máximo los despojos humanos y confiarlos á la tierra, entre oraciones, cuyos ecos aún se oyen allí; entre lágrimas, cuyos vapores todavía no se han desvanecido en aquella atmósfera bendita. ¡A Rossi gloria!

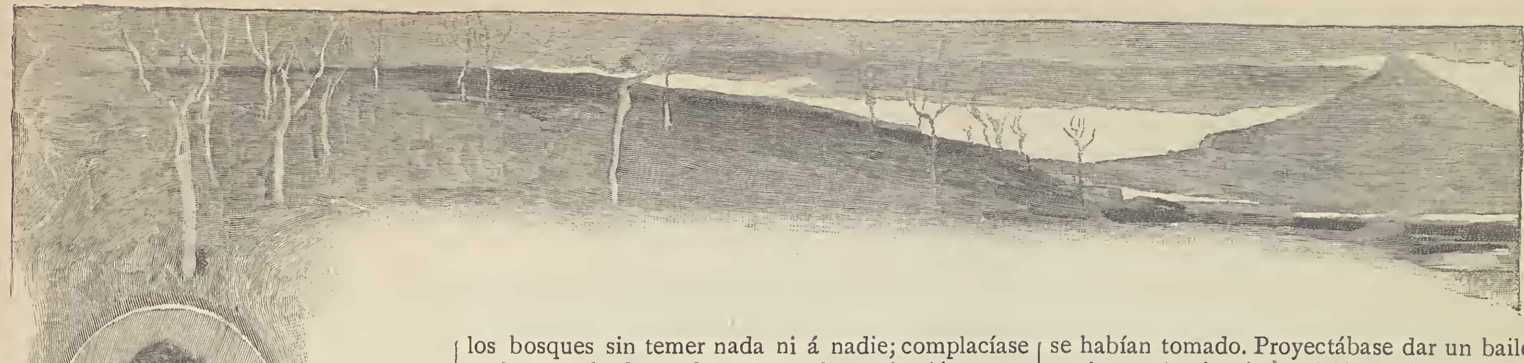


EL NIÑO Y EL PERRO, dibujo de L. L. Boilly

IV

También debemos un homenaje al poeta evocado por los romanos estos días en San Onofre. Tasso canta un hecho, la toma de Jerusalén, que conmovió á Europa en el siglo XI y en el siglo XII, pero completamente ajeno á su tiempo, y mucho más á los tiempos posteriores. ¡Guárdeme Dios de ignorar ó desconocer toda la belleza contenida en el gran movimiento religioso que levanta nuestras razas occidentales, aisladas por el feudalismo, y las junta y las arroja sobre el Oriente! Al convertir hacia las cruzadas los ojos, veis, entre arreboles de poesía, los pobres ermitaños que, con severo sermón en los labios y el tosco crucifijo en las manos, suscitan la guerra santa y divierten el ánimo de las luchas feudales para llevarlo á otras empresas más altas; las públicas invocaciones á Dios, que suben á los siervos desde el terruño y bajan á los señores desde el castillo; las hileras de mondados huesos que se extienden de Europa al Asia, fecundando el suelo y la conciencia; la antigua Constantinopla, aparecida en medio de nosotros con sus resplandores y sus recuerdos; el Egipto y sus misterios, resucitados á la voz y al rumor de aquellas legiones sinnúmero, movidas por una idea y realizando la contraria, movidas por la idea teocrática y abriendo su iniciación á la democracia; las deliciosas orillas del Orontes y del Cidno, sembradas de penitentes, á un tiempo en oración y en armas; los jardines de Dafne, impregnados de paganismo y cantados por los poetas de la naturaleza, junto á las abrasadas arenas del desierto, reveladoras de la unidad divina á los sacerdotes del espíritu; las flotas de Venecia y de Pisa y de Génova trayendo sus vientres henchidos por los productos del comercio, y sus velas hinchadas por la brisa de la libertad; Antioquía, con sus altos muros y sus quinientas torres; Damasco, embriagada con los aromas de sus floridos bosques; los cedros del Líbano, bendecidos por el Profeta, que sirvieron á Tiro para sus naves, á Salomón para su templo, á Alejandro para el lecho donde debía juntar los dioses de Grecia con las ideas de Oriente; la Palestina, la tierra de los patriarcas, con más ansia buscada por los nuevos cruzados que por los antiguos israelitas, y libertando, como á los unos del cautiverio de los Faraones egipcios, á los otros del cautiverio de los caballeros feudales; el torrente Cedrón, donde corrieron las lágrimas de David, y el monte Olivete, donde manaron los sudores de Cristo, y el Calvario, donde se consumó el sacrificio de la Redención, y el Sepulcro, donde estuvo entre los átomos de la tierra el que ahora está entre los ángeles del cielo; la toma de Jerusalén, cuyas mezquitas se empaparon tanto en sangre que llegaba hasta la cincha de nuestros caballos; las elegías de los árabes, á quienes sólo quedaba, si vivos, el lomo de sus camellos para huir, y si muertos, el estómago de los buitres para enterrarse; la figura mística de Godofredo de Bouillón, el rey-virgen que no puede ceñirse una corona de oro allí donde Cristo llevara una corona de espinas; la figura poética de Tancredo, en el cual se personifica el genio de la caballería; las órdenes militares, con sus cruces rojas sobre sus túnicas blancas, y las órdenes monásticas, que suscitan por un momento la antigua facundia moral de la Tierra Santa: grandiosa epopeya donde verdaderamente el espíritu moderno sufre una de sus más bellas metamorfosis y la humanidad una de sus más admirables transfiguraciones. Pero el Tasso canta este hecho con el espíritu de la Edad media. Compañero de los cruzados, su poesía hubiera sido maravillosa entre los espejismos del desierto y los dolores de la guerra. Después de tres ó cuatro siglos que las cruzadas se han interrumpido, y San Luis ha muerto, y Carlos de Anjou ha despojado, á guisa de pirata, los últimos cristianos dispersos, y la orden de los templarios se ha disuelto por las maquinaciones de los reyes, y la rápida victoria de Federico II se ha malogrado por la invasión de los tártaros, y las huestes de Juan de Brienne han retrocedido á las inundaciones del Nilo, y los que iban resueltos á reconquistar Jerusalén se han contentado sólo con establecer un imperio latino en Constantinopla, y los mismos pueblos cristianos han reclamado que los libertaran de los cruzados por temor á las depredaciones, y Felipe Augusto y Ricardo Corazón de León sólo han sabido luchar entre sí más que luchar con sus comunes enemigos, y Federico Barbarroja ha muerto en las fatales aguas del Cidno, y Conrado III ha vuelto casi solo, y Luis VII casi deshonrado de la segunda cruzada, y Saladino, después de derrotar á los francos en Tiberíades, ha reconquistado á Jerusalén y destruído la obra de Godofredo, entregando la ciudad á los árabes; francamente, después de todo esto, la epopeya del Tasso es una pura epopeya erudita, académica, arqueológica, cual esos poemas latinos consagrados en los albores del Renacimiento, por Petrarca, á Escipión y al Africa.

Madrid, 25 de mayo de 1892



LA TRAGEDIA DE DUGANDINE

por la señora Campbell. – Ilustraciones de W. Hatherell

Dugandine parecía estar rodeada de una nube de tristeza cuando la divisamos por primera vez desde el camino. Asentada sobre una de las estribaciones inferiores del Pico de Dugán, sus casas se agrupan sobre un cerro cubierto en parte de matorrales y bosque, con profundos desfiladeros que se elevan hasta la cumbre de la montaña, la cual forma un pintoresco fondo de la estación principal. En la tarde del día en que comienza nuestra historia había estallado una tormenta por el Oeste de Dugandine, y el precipicio que franqueaba la montaña tenía un aspecto amenazador; en su fondo, algunos álamos blancos, con sus grandes ramas desnudas, semejantes á descomunales brazos de esqueleto, parecían fantásticos centinelas encargados de guardar aquel sitio; mientras que los sombríos desfiladeros llenos de maleza, las rocas diseminadas, los árboles semejantes á fantasmas y un cielo tempestuoso, de color plomizo, contribuían á formar un conjunto lúgubre y extraño, que no podía menos de producir honda impresión en quien los contemplara.

Guillermo y yo íbamos á ver las carreras de caballos de Ubi, pues aquel año había tocado en suerte á Dugandine el celebrarlas, y todos se alegraban de ello, porque el Sr. Boulton tenía fama de ser el hombre más liberal de Australia, y Dugandine podía considerarse como la más importante y cómoda de las haciendas del Ubi. Era una gran construcción de madera con extensas galerías, llenas de las más variadas y preciosas flores, y sombreadas por enredaderas del jazmín del Cabo; allí había un jardín, que en suave pendiente deslizábase hasta el lago, cuyas orillas esmaltaban lilas blancas y azules, flotando á veces en la serena superficie líquida; puertas blancas con su marco de verdura; una pequeña avenida bordeada de naranjos en flor, que perfumaban el aire, pues corría el mes de septiembre, es decir, la más deliciosa primavera de Australia; y en fin, un reducido pueblo formado por construcciones exteriores, cabañas, casitas y cómodas barracas para alojar á cuantos llegasen de las demás haciendas. Más allá veíase una especie de campamento, con vistosas tiendas de campaña pertenecientes á los hombres más acomodados de la localidad, y además había un inmenso cobertizo que podía servir de salón de baile.

Apenas conocía yo á la señorita de la casa donde íbamos á hospedarnos, pues habíala visto solamente una vez en Sidney, donde residía antes; pero de todas nuestras vecinas, cuando fuimos á vivir á Womberah, ella fué la única que me interesó, y esto por varias razones. En primer lugar era muy linda, una de esas bellezas especiales de que nos ofrecen á menudo ejemplo las jóvenes de Australia; complexión suave como el interior de una concha, ojos garzos muy límpidos, cabello castaño con matiz rojizo, facciones delicadas, dulce sonrisa y movimientos de infinita gracia. Además de esto, Ester, así se llamaba, era heredera única del Sr. Boulton, rico propietario, hombre de importancia, como individuo de la Asamblea legislativa y jefe del partido afecto al Gobierno, ó de la oposición, según que el poder se ejerciera por unos ú otros.

La primera juventud de Ester, á juzgar por lo que se nos refirió, había tenido algo de novelesco. Hábil amazona, acostumbraba á recorrer continuamente los bosques sin temer nada ni á nadie; complacíase en hacer gala de su destreza en la equitación, practicando los más arriesgados ejercicios, y á menudo franqueaba los desfiladeros, por lo regular en compañía de Juanita Harkness, hija de un colono rico, y de su hermano Jim. En una de aquellas expediciones, Juanita, arrojada del caballo, quedó muerta, y tan dolorosa fué la impresión producida en Ester por esta desgracia, que tuvo una enfermedad nerviosa, y fué preciso enviarla á Sidney para pasar dos ó tres años con una tía suya.

Todo esto nos refirieron cuando llegamos á Womberah y asimismo nos dijeron que el Sr. Boulton era hombre rudo, completamente entregado á la política y á las especulaciones comerciales, por lo que se ocupaba poco de su hija, quien después de la muerte de su padre fué confiada á la esposa del superintendente.

Había bastante gente en las espaciosas galerías de la casa y en la avenida de naranjos; colonos, ancianos y jóvenes, señoritas, muchas de ellas con traje de amazona ó de campesina y las más vestidas á la última moda, reconociéndose por esto que eran de la ciudad. Entre estas últimas hallábase la señorita Boulton, apoyada contra una columna de la galería y deshaciendo maquinalmente entre sus manos una ramita de verbena, mientras hablaba con un joven de aspecto aristocrático, en quien reconocí al capitán Fenwick, ayudante de campo del gobernador militar.

Apenas me vió Ester, corrió hacia mí y recibióme con la más afectuosa cordialidad. Sus gracias de niña constituían en ella el mayor encanto, y aunque se distraía con frecuencia, á veces decía cosas inesperadas y eran chistosas sus ocurrencias.

Ester me condujo á mi habitación, que estaba en un edificio contiguo á la casa grande é independiente de ella, en medio de un naranjal.

– Supongo, me dijo, que no le importará á usted estar separada de las demás; nosotras seremos las únicas habitantes de esta cabaña. Mi padre tenía aquí antes su oficina; y como supuse que la casa se llenaría de gente, apenas llegué parecióme que lo más acertado sería fijar aquí mi domicilio, porque me agrada la soledad y el perfume de los naranjos en flor.

Ester me habló después de las disposiciones que se habían tomado. Proyectábase dar un baile aquella noche en el cobertizo, y al día siguiente se celebrarían las carreras. La linda joven me ofreció después su ayuda para desempaquetar mis efectos, hízome varias preguntas intempestivas, y hablóme de sus propios asuntos con la misma franqueza que hubiera podido tener con una amiga de muchos años.

¿Conocía yo el distrito bien? ¿Tomaría parte en las carreras el Sr. Oliver, mi esposo, con su propio caballo? Había oído decir que Jim Harkness estaba en el Norte, traficando en ganado, y que tenía su residencia entre Womberah y Dugandine. ¿Sabía yo si Jim pensaba asistir á las carreras?

Contesté á esto último, diciendo que no me era posible satisfacer su curiosidad, porque lo ignoraba; y entonces Ester continuó hablándome con singular volubilidad de sus asuntos. Díjome que había estado largo tiempo ausente de Dugandine; que estaba muy enterada de todos los cambios ocurridos, y que ahora debería permanecer donde estaba porque su tía se hallaba en Inglaterra. Refiriéndose á su primera juventud, preguntóme si no me parecía cosa extraña que se la hubiese dejado correr por los bosques hasta cerca de los diez y ocho años, sin darle apenas educación, y á esto contesté que en rigor no tenía nada de particular.

– ¡Oh!, repuso Ester; no sabe usted cuánto me consuelan sus palabras, pues veo que no me tomará por una salvaje.

Su más dorado sueño se reducía á ir á Inglaterra. Habíase esforzado para curarse de su desmedida afición al bosque y á la equitación, y ya no le agradaba aquél, ni tampoco montaba, al menos como antes; odiaba las montañas, y solamente con verlas se entristecía. Cifraba su mayor dicha en ir á Europa ó á América y no volver jamás á Australia. Como no tenía amigas, deseaba que yo lo fuese suya, y suplicábame que dispensase su franqueza, porque era muy ingenua y yo le inspiraba profunda simpatía. Había tenido el pensamiento de que yo llegaría á mezclarme en alguno de los asuntos de su vida, y siempre pensó que las personas que escriben historias han de ser más agradables que las de carácter prosaico. En cuanto á ella era muy romántica, aunque por más de



Hábil amazona, acostumbraba á recorrer continuamente los bosques...

una razón tenía motivo para odiar todo lo novelesco. Prosiguió hablando un rato sobre sus cosas y dejóme verdaderamente encantada por su manera en el decir y su infinita gracia.

– Supongo, dijo al fin, que no se enojará usted porque le haya hablado de todas mis cosas; usted tiene más edad que yo, y puede ser una buena amiga para mí, ya que no tengo madre.

Al oir esto, estrechéla entre mis brazos, y tal vez con más efusión de la debida roguéle que confiara en mí, si esto podía servirle de consuelo, y que no dudase de mi lealtad y discreción.

Una cortina divisoria, de tejido azul, separaba la habitación de Ester de la mía, aunque en rigor las dos no formaban más que una, larga y estrecha. La joven me dijo que todas las señoras se alojaban en la casa grande y los caballeros en el campamento, y que por falta de espacio habíales sido forzoso dividir su habitación de aquella manera.

Por lo demás, el aposento estaba adornado con gusto; la ventana tenía vistas á la avenida de naranjos y á la caleta, y desde allí divisábase también el campamento, cuyos fuegos brillaban al través de los árboles.

Ester fué á buscarme cuando la gran campana de la estación anunció la hora de comer; y por un pasadizo cubierto condújome á un edificio de madera más grande que, según me dijo, era un nuevo almacén, el cual se destinaría á comedor durante la semana de las carreras.

En la galería habíanse reunido unas cien personas, y otras se hallaban en el paseo; vi señoras y caballeros vestidos de etiqueta, así como también algunos colonos, á quienes no parecía importar mucho que se fijara la atención en su tosco traje.

Allí no había al parecer orden de precedencia, pues apenas hubo resonado la campana, el capitán Fenwick dió el brazo á Ester y yo acepté el del Sr. Boulton.

Mi nueva amiga llevaba un magnífico ramo de flores silvestres, y la oí dar gracias al capitán; este último debió pedirle sin duda una flor, pues la joven le dió la mejor de su ramo, que el capitán colocó al punto en el ojal de su levita. Fácil era ver que estaba enamorado de la joven.

A decir verdad, cuando vi á Ester sentada en la extremidad de la mesa, sonriendo y hablando con unos y otros, parecióme la encarnación de la juventud y de la dicha; pero á veces sus facciones tomaban una expresión extraña, y noté que á intervalos dirigía inquietas miradas, como de temor, hacia la ventana, cual si se imaginase que algún fantasma vagaba por el jardín á la luz de la luna.

La tempestad había cesado del todo, y el Pico de Dugán se destacaba majestuoso y soberbio bajo el cielo azul; Aldebarán y Orión brillaban sobre él cual joyas magníficas. El camino que conducía al cobertizo estaba iluminado con farolillos de color, y en la cumbre del cerro habíase encendido una inmensa hoguera, cuyo resplandor se reflejaba en la hacienda y en las aguas del lago. Los negros, reunidos alrededor de la misma, medio desnudos y gesticulando como acostumbran, entonaban un salvaje canto de guerra para acompañarse en la danza; en el campamento había también hogueras, y á intervalos veíanse pasar obscuras formas; el eco de las canciones de los colonos confundíase con el de los gritos de los negros y el sordo rumor producido por las aguas, y todo esto constituía un espectáculo pintoresco y poético á la vez.

Cuando comenzó el baile en el cobertizo, preferí huir del calor y de la excesiva luz, y trasladéme á una tosca galería que daba al cobertizo, desde la cual podía ver á los bailarines en el interior y observar el paisaje por fuera.

Hacía poco tiempo que estaba allí cuando noté la presencia de otra persona que al parecer vigilaba; era un hombre, oculto detrás de una enredadera de pasionarias, y por su aspecto me pareció un colono; aunque joven y bien parecido, tenía algo de vulgar y ordinario. Llevaba sombrero de castor con ala enroscada y adornado de musgo amarillo, según la costumbre del país; y como se acercase más á la luz, observé que tenía el rostro moreno y agraciado; pero su expresión revelaba el resentimiento ó la cólera, y sus miradas fijábanse con insistencia en el salón de baile. La expresión maligna de aquel hombre me inquietó, y como no parecía caballero, deduje al punto que estaba enojado por no haber recibido invitación alguna.



Sus miradas fijábanse con insistencia en el salón de baile

El movimiento que hice y la exclamación que dejé escapar debieron llamar su atención, y al verme, acercóse á mí.

– Dispénseme usted, señora, dijo sonriendo con cierto desdén; no hacía más que mirar el baile y ver cómo se divierten los que son superiores á mí. ¿Podría usted decirme quién es el caballero que baila con la señorita Boulton?

– Es el capitán Fenwick, contesté, ayudante de campo del gobernador militar, y que ha venido de Sidney con licencia.

– ¡Ah!, exclamó el desconocido con forzada sonrisa. Yo conocí á la señorita Boulton antes de que fuera á Sidney, y me interesaba saber esto.

Siguióse una pausa, y mi interlocutor añadió:

– ¿Tendría usted inconveniente en transmitir á la señorita Ester un mensaje de parte mía? No quisiera molestarla en este momento, porque es muy nerviosa y se disgustaría. Yo conozco las señales del cielo;... ahora está sereno; pero á las dos de la madrugada tendremos borrasca... Tenga usted la bondad de manifestar á Ester que Jim Harkness lo ha dicho así.

Al pronunciar estas palabras, descubrióse cortésmente y desapareció sin esperar respuesta.

Las palabras y modales de aquel hombre me dieron alguna siniestra significación; pero en aquel momento, y como para confirmar lo que dijo, un relámpago iluminó el horizonte, y á los pocos segundos oyóse el lejano fragor del trueno. Sin embargo, la tempestad debía estar lejos aún.

No volví á ver á Jim Harkness y pronto me cansé de observar los movimientos calidoscópicos dentro del cobertizo; la música, por otra parte, aunque pudiera inspirar á los bailarines, componíase tan sólo de tres flautas y un cornetín de Waratah, y no era la más propia para calmar una fuerte jaqueca como la que me aquejaba en aquel momento por efecto del calor sufrido en mi viaje desde Womberah. Guillermo llegó á poco y preguntóme si me agradaría ir á dar una vuelta para ver las iluminaciones, pues también él estaba cansado del baile y de las luces.

Accedí con gusto, y fuimos á pasear entre los faroles chinescos, dirigiéndonos por el sendero que conducía al lago. A un lado y á otro veíanse diminutas mesetas y hondonadas donde crecían algunos gomeros aislados y altas hierbas.

El brillo de la luna y de las hogueras producía una media luz que se reflejaba en las tranquilas aguas del lago, y el golpe de vista era delicioso.

Cuando volvíamos después al cobertizo, pasamos por delante de un reducido cementerio, situado al pie del cerro y al que prestaba sombra un enorme gomero. De pronto se me ocurrió levantar el pestillo de la puerta de hierro, y vimos en primera línea dos pequeñas tumbas con piedras blancas, donde reposaban las hermanitas de Ester. Rogué á Guillermo, atraído entonces por algunos gritos de los negros que estaban arriba, que me dejara sola cinco minutos.

A mí se me había muerto un niño, y la vista de aquellas tumbas despertó en mi alma un pesar que ahora no es ya más que un recuerdo sagrado. Ignoro cuánto tiempo estuve allí, sin que nadie me viera y apoyada contra el tronco del gomero, cuyas ramas me ocultaban en parte; pero de pronto oí pasos sobre la hierba seca, y sospeché que Ester estaba al otro lado del árbol á pocos pasos de mí. Hablaba en alta voz, y así la agitación de ésta como las palabras y el rumor de pasos en la hierba persuadiéronme de que no estaba sola, por lo cual no quise dejarme ver, pensando que mi presencia sería enojosa en aquel instante. Supuse que se alejarían de allí pronto, y confiaba en que Ester no sentiría que yo conociera su secreto.

– ¿Está usted seguro de que me ama?, decía la joven. ¿Está usted completamente seguro?

– ¿Cómo no he de estarlo?, contestó la voz del capitán Fenwick. Hace ya tiempo que la adoro con locura; pero temía decírselo, pues no pensaba usted más que en los bosques, y mostrábase siempre muy esquiva en mi presencia. ¿Sería tal vez porque yo no la inspiraba á usted la menor simpatía?

– No, seguramente no era por eso, y tal vez algún día, añadió con acento de tristeza, sabrá usted lo que significaba...

Al decir esto interrumpióse, dejando escapar un ligero grito, y aunque no podía ver, parecióme que el capitán acababa de rodear con su brazo la cintura de la joven como para sostenerla.

– Ya nada importa, añadió con extraño acento; todo es indiferente.

El capitán murmuró algunas palabras, de amor sin duda, y besó la frente de Ester: luego nada se oyó; hubiérase dicho que en aquel instante no existía para aquellos dos seres el mundo exterior, con sus locuras y sus tristezas y sus sórdidos intereses, y yo pensé en los contrastes de la vida, en el pesar producido por la muerte y en la alegría que causa un nacimiento.

– ¡Oh! No debí venir á este sitio, dijo Ester con voz que revelaba el terror, y me parece muy mal pronóstico que me hable usted de su amor junto á esas tumbas. ¡Casi me espanta, y no sé por qué se me figura que le haré desgraciado!

– Adorada Ester, repuso el capitán, en esta entrevista he sido más feliz que lo fuí nunca. No hay pronóstico triste para aquellos que de veras se aman, y no me explico ese temblor, ese espanto. ¡Supersticiosa niña! Volvamos al cobertizo y aún llegaremos á tiempo para bailar el vals.

La joven consintió, y los dos se alejaron rápidamente.

Como estaba cansada, me retiré á mi aposento antes de que terminara el baile, y aún no había pensado en acostarme, cuando oí la voz de Ester cerca de mí.

– ¿Se puede entrar?, preguntó.

Contesté afirmativamente, y al punto corrióse la cortina divisoria y apareció la joven.

– Ya supuse que no estaría usted dormida todavía, porque con el ruido que hacen por ahí fuera no es posible cerrar los ojos. Creo que los negros han bebido un poco más de lo regular. ¿Sería demasiada franqueza rogar á usted que me desabrochara el vestido?

Hice lo que deseaba, y en seguida se fué á su cuarto; pero volvió muy pronto, con bata blanca y el cabello suelto. Jamás había visto una mujer tan encantadora.



1. MAÑANA DE OTOÑO, cuadro de D. José M.ª Marqués. – 2. DESCANSO, cuadro de D. José M.ª Tamburini. – 3. RECUERDOS DE LO QUE FUÉ, cuadro de D. Juan Guzmán
4. RECUERDOS DE GRANADA, cuadro de D. Isidoro Marín. – 5. EL PRIMER DISGUSTO, cuadro de D. Fernando Cabrera
6. BORRACHO, cuadro de D. Luis Graner. – 7. RECUERDO DE SEVILLA. – 8. LA FIESTA DE LAS PALMAS EN SEVILLA, cuadros de D. Tomás Muñoz Lucena

Ester fué á sentarse al pie de mi cama y pasaron dos ó tres minutos sin que me hablase, pero unía y separaba sus manos alternativamente con un movimiento nervioso. Tan pronto palidecía como se sonrojaba, y á veces echaba la cabeza hacia atrás como si la molestara el cabello y sonreía para sí; sus ojos brillaban como luceros y una suave agitación estremecía todo su cuerpo.

Harto conocía yo la causa de esta agitación, pero además observé en la joven la misma mirada de temor que había observado antes y que tan singularmente se mezclaba con una expresión de infinita ternura. Sin embargo, ya tenía yo la clave del enigma, y esperaba que la joven me hablase.

– No me tenga usted por tonta, señora Oliver;... no puedo descansar porque soy á la vez sumamente dichosa y desgraciada. Siento deseos de hablar ó de hacer algo para no entregarme á mis reflexiones, y no me atrevo á acostarme porque seguramente mi imaginación volaría demasiado. Permítame usted permanecer aquí un rato.

– Tanto como usted quiera, contesté, porque yo tampoco tengo sueño. Estoy segura de que esta noche le ha sucedido á usted algo que le causa alegría más bien que tristeza.

– Sí, algo ha sucedido, contestó, estremeciéndose ligeramente. Dígame usted, señora Oliver, si sabe lo que es amar con el alma y el corazón, y cerciorarse de que la persona á quien se consagra el más tierno cariño corresponde de igual manera. Si á usted le ha sucedido esto, comprenderá lo que me pasa esta noche.

Al oir esto, no vacilé en confesar á la joven que había asistido invisible á su entrevista con el capitán en el cementerio; después la besé como á una hija, y díjele que lo comprendía todo; su soledad, sus sentimientos, sus dudas y su alegría; y añadí que en todo esto simpatizaba con ella.

La pobre joven me estrechó entre sus brazos.

– ¡Oh!, exclamó, usted no sabe... no puede saber... ¡Si mi madre viviera, si la tuviera á mi lado! ¡Qué sola estoy, Dios mío!

Al decir esto prorrumpió en sollozos, y parecióme que estaba sobrexcitada en extremo; procuré consolarla, diciéndole que, siendo correspondida en su amor, nada tenía ya que temer, y no le faltaría quien la protegiese.

– Sí, el capitán me ama, dijo Ester, tranquilizándose de pronto; no lo he sabido hasta esta noche, y ha pasado mucho tiempo sin que nos comprendiéramos, pero en la reciente entrevista nuestros corazones han hablado. Y esto no obstante, yo no pensaba amarle; me resistía tenazmente á ello, y cuando comencé á creer que solamente se fijaba en mí, luché para evitar su encuentro. Hace algún tiempo, sin embargo, todo ha sido inútil, y ya no he tratado de oponer obstáculo á mi afecto. La suerte está echada para mí, y debo aceptarla sea la que fuere. He pensado que aún puedo disfrutar algunos pocos días de felicidad, aunque deba comprarlos á costa de mi vida.

– Hija mía, repuse, algo perpleja al oir estas palabras, no creo que aquí pueda haber ninguna cuestión de vida ó muerte. ¿Por qué ha de luchar usted contra lo que es natural y justo?

– ¡Oh! Usted no sabe..., exclamó Ester. ¡Si me atreviera á decírselo!... Y sin embargo, no estaría en su mano ayudarme en nada... ¡A nadie le sería posible hacerlo!

– Creo que puede usted confiar en mí, repuse.

– Ya lo sé; lo comprendí así á las primeras palabras que hablamos, pero inútil fuera explicárselo ahora... Me propongo ser feliz estos tres días, resulte de ello lo que quiera... Estoy en mi derecho, y usted misma lo reconocerá así.

Al decir esto, la joven se levantó y comenzó á dar vueltas por la habitación como una fiera en su jaula.

– Me parece que le revelaré á usted el secreto, dijo después de una pausa, pero no ahora todavía. Hace poco leí en un libro que en la Conserjería los prisioneros bailaban por la noche y se hacían el amor, aunque no ignoraban que el día menos pensado su nombre figuraría en la lista de las víctimas de la revolución y que alguna mañana el ejecutor se presentaría para conducirlos á la guillotina. Yo me encuentro en el mismo caso, y hasta que llegue mi verdugo quiero estar alegre... y seré feliz también.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, oyóse otra vez el fragor del trueno lejano; Ester se estremeció, deteniéndose de pronto, y yo recordé al punto la advertencia de Jim Harkness.

– Ester, dije, la tempestad es lo que en parte contribuye á sobrexcitar á usted, porque el trueno afecta sin duda su sistema nervioso; pero lo más extraño es que me han encargado advirtiese á usted que habría tormenta á eso de las dos de la madrugada.

Ester palideció al oir esto, y en la expresión de sus facciones reveló el más profundo terror.

– ¡Que habría tempestad á las dos de la madrugada!, murmuró. ¿Y la encargaron á usted que me lo advirtiese? ¿Quién se lo dijo?

– Un hombre que estaba fuera del cobertizo, con la vista fija en usted mientras bailaba; es el mismo de quien me ha hablado usted esta tarde, Jim Harkness.

– ¡Ah!, exclamó Ester.

Jamás he visto en rostro humano un cambio ta extraño y repentino como el que entonces se pr dujo en el de la joven; la luz y la vida desapareci ron de él; las facciones quedaron del todo rígidas los ojos desmesuradamente abiertos é inmóviles.

En el mismo instante dieron tres golpes rápidos secos en la ventana de la habitación interior, acom pañados de un silbido particular; mas hubiérase d cho que la joven no oía nada, pues permaneció in móvil como una estatua de piedra. La señal, pue tal parecía, se repitió, y y me alarmé, porque todo es taba silencioso; solament de vez en cuando llegab hasta nosotras, desde e campamento, el rumor de cantares y ruidosas carca jadas.

– Ester, dije, voy á llamar. ¿No oye usted? Me parece que alguno trata de entrar...

Y ya me dirigía á la puerta, cuando la joven, volviendo en sí de pronto, me detuvo.

– ¡Silencio!, exclamó; no haga usted ruido ni despierte á nadie. He aquí la confirmación de mi pronóstico. El ejecutor ha llegado y... debo salir á su encuentro.

Y cogiéndome del brazo, acercóme á la cortina divisoria.

– Es necesario que me acompañe usted... No tema nada, pues nadie le hará daño. Deseo que permanezca junto á mí para oirlo todo, pero no pronuncie una sola palabra ni tampoco intervenga en la cuestión... á menos que...

Ester se interrumpió, dejando así ancho campo á mis suposiciones. Su aposento, así como el mío, era estrecho y largo, y en una extremidad del mismo había la ventana, cuyos postigos estaban entornados en aquel instante. En la mesa tocador ardía una luz; Ester la apagó, y acercándose después á la ventana, abrióla de par en par. Al pie de ella, se veía un grupo de naranjos; y por cierto que mientras viva asociaré el penetrante perfume de sus flores con aquella misteriosa entrevista á media noche. La ventana daba sobre un obscuro rincón del jardín, y formando ángulo recto con ella elevábase un rústico pabellón, en el cual se destacaba la figura de un hombre. A la luz de la luna, que penetraba á través del follaje de los árboles, reconocí al mismo con quien había hablado antes, á Jim Harkness.

Ester oprimía mi mano, pero su acento no fué tembloroso cuando habló.

– Puede usted entrar, Jim, dijo, y manifestarme cuanto guste; mas le advierto que no estoy sola;... me acompaña la señora Oliver.

El hombre penetró en la habitación, adelantó dos pasos y detúvose de pronto, contemplando á Ester.

Aunque la luz del astro de la noche no era muy clara, pude reconocer por la movilidad del rostro de Jim que éste se hallaba bajo el imperio de las más encontradas emociones, la ternura, la ansiedad, el frenesí y los celos. Su aspecto era muy varonil; tenía cabello castaño y ensortijado, facciones regulares, algo toscas, bigote espeso, dentadura muy blanca y una expresión resuelta: sus grandes ojos parecían despedir fuego mientras miraba á Ester.

– Me alegro, dijo al fin, que reconozca usted mi derecho de estar aquí.

– No reconozco que tenga ninguno sobre mí, Jim, replicó Ester, por lo menos hasta que yo haya cumplido veintiún años, y para esto faltan aún tres días.



CABEZA DE ESTUDIO, de Adolfo Menzel

Jim se adelantó un paso más hacia la joven, levantando las manos con ademán de impaciencia, y después detúvose de nuevo.



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE MÚSICA Y TEATROS, DE VIENA. - EL TEATRO CHINO

- ¡Dios mío!, exclamó; parece que toma usted las cosas con mucha frialdad...

- ¿Lo cree usted?, repuso Ester. Pues voy á decirle la causa. Es porque estoy desesperada..., porque comprendo que, sean cuales fueren las consecuencias, esta entrevista será el fin de cuanto pudiera haber entre nosotros.

- ¡El fin!, repitió Harkness. ¿Le parece á usted así?... Pues yo creo más probable que será el principio. Sin duda me toma por hombre de muy buena pasta, imaginando que voy á quedarme aquí fuera como un perro, para verla bailar con ese odioso caballerito de Sidney, mientras escucha embelesada sus palabras de amor, en tanto que á mí se me considera como un paria,... como un patán que apenas tiene derecho para sostenerla el estribo;... á mí, que la he tenido en los brazos, que soy su dueño y que daría mi vida por usted...

Jim se interrumpió, dejóse caer en una silla, junto á la mesa en que Ester había dejado su ramo de flores y ocultó el rostro entre las manos.

Ester, conmovida sin duda, dejó escapar un hondo suspiro, soltó mi mano y dió un paso hacia Harkness.

- Lo siento mucho, Jim, le dijo, pues en cierto modo, comprendo que es muy duro para usted...

- ¿Qué es lo que siente usted?, preguntó Jim, levantándose bruscamente. ¿Podrá causarle pena hacer de mí el hombre más feliz de este mundo, si así le place?... Una sola palabra, Ester, y lo olvidaré todo... He recorrido centenares de millas para llegar á este sitio, solamente porque me dijeron que usted asistiría á las carreras; pensé que sería mi única probabilidad de hablarle, y héme aquí; pero he sufrido mil tormentos mientras la veía bailar, oyendo su dulce voz... ¿No merece Jim una recompensa? ¿No me dirá usted que se alegra de verme?

Al oir estas palabras, Ester retrocedió vivamente.

- No, Jim, contestó; lo siento por usted; pero yo no puedo decir eso, ni tampoco me es posible recompensarle. Todo concluyó entre nosotros cuando reconocí la deplorable imprudencia que había cometido.

- ¡De modo que me rechaza!, exclamó Jim, irguiéndose con altanería. ¡Vamos, Ester, que se retire esa señora, y ventilaremos la cuestión entre los dos!

Ester retrocedió más aún, fijando en mí una mirada de angustia. En aquel instante era tan iracunda la expresión de Jim y tan amenazador su aspecto, que temiendo que la joven cediera, me interpuse.

- Señor Harkness, dije, no me separaré ahora de Ester, y no creo decoroso que permanezca usted aquí... Usted es quien debe retirarse.

- Está bien, replicó Jim; así lo haré.

Y volviéndose hacia la joven añadió:

- Advierto á usted, Ester, que sería peligroso apurarme la paciencia... Estoy loco de amor, y los celos me perturban... Le repito que soy peligroso;... y bueno es que entienda usted, así como su amiga, que pienso ser el amo.

Y por un rápido movimiento cogió del brazo á la joven; pero ésta, dando un grito, consiguió desasirse.

- ¡No me toque usted!, exclamó con voz ahogada, pues le odiaría más de lo que ya le odio.

La vehemencia con que Ester dijo estas palabras, produjo sin duda honda impresión en Jim, pues cuando contestó revelábase en su acento más bien la angustia que la cólera.

- ¡Es decir, repuso, que he venido para oir de sus labios que me odia! ¡Y para esto he cumplido mi promesa de no exigir nada de usted hasta que cumpliera los veintiún años!... ¡Y así es como recompensa mi honrado proceder, mi rectitud!

- ¡Su rectitud!, repitió Ester. ¡Qué sarcasmo! ¿Es por ventura honroso abusar de la ignorancia de una niña, aprovechándose del abandono en que se halla para hablarle de amor? ¿Es propio de un caballero utilizarse de las ideas románticas de una joven, y valerse del engaño para inducirla á consentir en un casamiento secreto?

¡Casamiento!... Al oir esta palabra no pude reprimir una exclamación de asombro, la cual tuvo por eco otra, más sorda, más ahogada, el gemido angustioso de un hombre, que mi amiga no oyó sin duda en aquel momento de sobrexcitación y de cólera.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE MÚSICA Y TEATROS, DE VIENA. - EDIFICIO PARA CONCIERTOS

Y mientras Ester hablaba, parecióme percibir rumor de pasos en el jardín; miré á la ventana, y á la luz de la luna vi al capitán Fenwick, que saliendo de la sombra de los naranjos penetró en la habitación y detúvose de pronto como asombrado.

- Ester..., comencé á decir; pero la joven levantó una mano como para imponerme silencio.

- Sí, dijo; ya lo sabe usted; ahora no puede haber secreto;... hace tres años que me casé con *él*.

Otra vez se oyó el mismo gemido de antes; pero Ester, como si no lo oyera, siguió hablando precipitadamente.

- Sí, quiero que lo sepa usted todo, señora Oliver. Yo acostumbraba á pasear á caballo todos los días con Jim y su hermana, que murió más tarde á consecuencia de una caída; y cierto día me condujeron á Waratah, cuando el superintendente y su esposa creían que yo estaba en Womberah. La difunta Juanita se ausentó, no recuerdo con qué excusa, y entonces Jim, valiéndose de un subterfugio, me indujo á casarme. Sin duda los dos habían concertado el plan. Poco después marché á Sidney, y allí comprendí la locura que había cometido. Jamás dije á mi padre, ni á nadie, una palabra de esto... porque tuve miedo,... y esperé... Jim había prometido no reclamarme hasta transcurridos tres años,... yo confiaba que en este tiempo él ó yo moriríamos, ó bien que algún milagro me libraría de mi compromiso; pero no ha pasado nada, ni la casualidad me ha favorecido, y ahora debo renunciar á toda esperanza de felicidad en este mundo... ¡El plazo de los tres años ha terminado ya, y yo amo á otro con toda la fuerza de mi alma... y prefiero la muerte más bien que vivir bajo el mismo techo con Jim Harkness...

- ¡Ester, hija mía!, exclamé; no diga usted eso.

El capitán estaba detrás de la joven, y ésta se cogió á él con expresión desesperada.

- ¡Oh!, exclamó; ¿cómo ha sabido usted?... ¿Por qué ha venido?

- Estaba en el jardín, sabía que éste era el aposento de usted, oí un grito y he venido para ver si ocurría algo.

Después, volviéndose hacia Jim, añadió con acento de reconcentrada cólera:

- ¡Infame! Si necesitaba usted decir algo á esta señorita, debía elegir otra ocasión y otro sitio más propio que éste. Pienso que puede ser dudosa la legitimidad de ese matrimonio, conseguido por un engaño del que Ester es la víctima, y en este asunto deberán entender el padre y los tribunales.

Al contemplar al capitán, con su marcial aspecto, su arrogante actitud y su aire distinguido, y al oir su voz, ahogada por la cólera, pero tan diferente en sus modulaciones de la de Harkness, no pude menos de participar de la repulsión de Ester hacia semejante marido, sintiendo, como ella, que algún incidente no la hubiese librado de tal hombre.

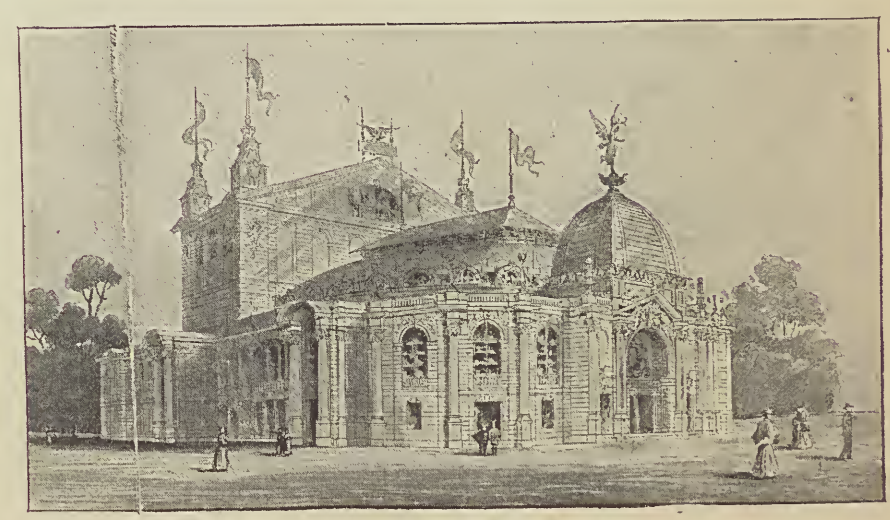
Aquella dramática situación no me infundió mucha inquietud, ni temí que tuviese graves consecuencias, aunque por el pronto pensé que Jim se precipitaría sobre su rival; tal era la expresión de odio y de furor que se pintó en su fisonomía.

El capitán Fenwick, con los ojos brillantes de indignación, parecía dominar con su mirada al otro, del mismo modo que la del loquero impone al demente; pero de pronto, la fisonomía de Harkness tomó tal expresión de terrible calma, que temí algo funesto, aunque por el pronto fué un alivio para los actores de aquella escena.

- Soy su esposo, dijo con reposado acento, y desafío á todos los tribunales de Australia á que nieguen mi derecho; le tengo para conducir á mi esposa á mi propia casa; también para ordenarle á usted que salga al punto del aposento de mi mujer, de quien sólo podría ser amante...

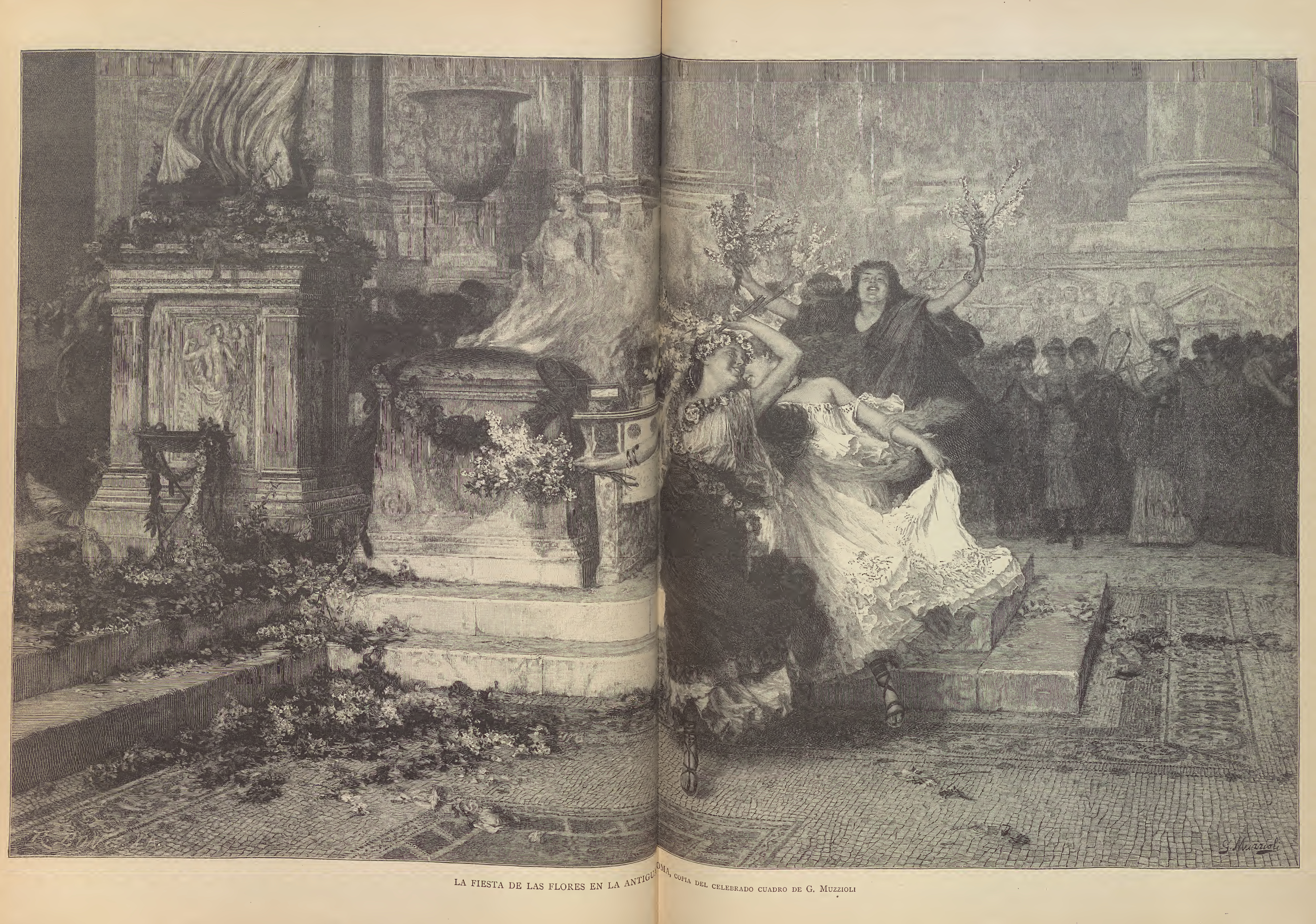
- Sí, pero no tiene usted derecho para injuriarnos á ella y á mí... ¡Cuidado con lo que dice!...

Ester se interpuso, y desviándose del brazo con que rodeaba su cuerpo el capitán, cogió una mano de éste, que besó con apasionamiento, y exclamó, brillantes los ojos de indignación:



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE MÚSICA Y TEATROS, DE VIENA. - EL TEATRO

- Sí, es mi amante, mi leal amante, y le doy ahora



LA FIESTA DE LAS FLORES EN LA ANTIGUA ROMA, COPIA DEL CELEBRADO CUADRO DE G. MUZZIOLI

la mayor prueba de mi confianza y de mi inalterable amor: también nosotros hemos tenido nuestro momento de felicidad que vale por mi vida entera; pero ahora he de renunciar á ella, y esta habrá sido nuestra última entrevista, después de la cual nos separaremos para siempre.

—No, Ester, no nos separaremos para siempre, dijo el capitán; veamos primero si los tribunales reconocen la legalidad de ese matrimonio, que tal vez resulte nulo. La ley del amor es muy poderosa, y en nombre de ella me declaro desde ahora defensor de usted.

Jim no decía nada; mas parecióme que se esforzaba para contenerse, y me atemorizó su aspecto, pues figuréme estar viendo una fiera rabiosa en el momento de ir á caer sobre su presa. Había algo terrible y nada natural en su profundo silencio y en su inmovilidad; tenía la cabeza inclinada; sus ojos brillaban singularmente bajo las espesas cejas; y con la mano apoyada en la cadera, oprimía los cordones de su cinturón de cuero con un movimiento nervioso, como para reprimir su furor. En todo esto pensé más tarde, pues en aquel instante no podía darme bien cuenta de mis impresiones, porque toda mi atención se fijaba en Ester y en la mirada de éxtasis que dirigía al hombre á quien amaba.

—Mañana mismo, dijo la joven, volviéndose hacia el capitán, nos despediremos para siempre; ahora sabe usted ya toda la verdad, y creo que esto basta para que se aleje de mí, y si de veras me ama, no trate de volver á verme. Dispénseme usted por haberle ocasionado esta pena, y consuélese recordando que usted es el único hombre á quien amaré en mi vida; pero seguramente no tardará en olvidarme, porque encontrará mujeres que valgan más que yo. Por lo que hace á Jim, no hemos de vituperarle tanto; cierto que me indujo á consentir en lo que era una verdadera locura, abusando de mi ignorancia; pero ni él ni Juanita conocían mis ideas románticas, ni sabían tampoco á qué extremos podía conducirme mi carácter. Lo que no puedo perdonar á Jim es que combinase el plan secretamente y me engañara diciéndome que perdería mi buen nombre y mi reputación si no me casaba con él.

Y volviéndose á Jim, añadió:

—Todo cuanto ha hecho usted ha sido inútil. Podrá usted decir lo que guste á mi padre, á los jueces y á los abogados; podrá arrastrarme hasta su casa si en ello se empeña; pero me arrancaré la existencia antes que vivir con usted como su esposa bajo el mismo techo... Lo he dicho ya, y ahora lo juro delante de usted, de la señora Oliver y del hombre á quien amo con todo mi corazón y el único á quien podía pertenecer.

Apenas había pronunciado Ester las últimas palabras, vi brillar algo en el aire, algo en que se reflejó la luz de la luna con la rapidez del relámpago: era el cuchillo de Jim. Yo no sé lo que entonces pasó, y aún me estremezco al recordar vagamente aquella horrible escena: vi brillar el arma, oí el grito de la joven al caer, y la voz del capitán Fenwick, que exclamaba con acento de angustia: «¡Dios mío, la ha matado!»

Jim Harkness, inmóvil en el mismo sitio, profirió una espantosa carcajada.

—¡Sí, dijo con una calma terrible, le he atravesado el corazón! Tenía intención de matarla, y ya está hecho... Era mi mujer, y usted quería arrebatármela... ¡Ah! Llévesela ahora si así le place; y si quiere guardarla hasta que los gusanos vengan á buscar su presa, yo no me opondré á ello. Ester ha muerto y yo he sido su verdugo. ¡Llame usted á su padre y á todos cuantos usted quiera; me entregaré sin resistencia, repitiendo siempre ante mis jueces que mi intención era matar á Ester!

. . . .

Tal fué la tragedia de Dugandine, y bastó para que aquel año no se celebrasen las carreras de caballos en Ubi.

Ester se halla enterrada en el pequeño cementerio, y al pie de su tumba, sobre la cual se eleva una cruz de mármol blanco, planté un arbusto que al año siguiente estaba cubierto de flores, de las cuales envié una al hombre que tanto la amó en vida.

En cuanto al capitán Fenwick, presentó su dimisión y marchó á Inglaterra para olvidar aquel sangriento drama.

Jim Harkness no fué citado ante el tribunal, ni se le siguió causa por su delito, ni tampoco se hizo pública la historia de su casamiento secreto; pero á los dos días de haberse cometido el crimen, Jim murió en un paroxismo de locura, y siempre se supuso que Ester Boulton había sido víctima de un demente, irresponsable según las leyes.

TRADUCIDO POR E. L. V.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—La Asociación Artística de Barmen ha adquirido por 15.000 pesetas el cuadro de Carlos Becker *Don Juan de Austria en presencia de Carlos V*. El cuadro del propio artista *Herederos alegres* ha sido adquirido por el emperador de Alemania.

—M. Alfredo Bruneau, autor de la música de *Le Rêve* hace poco estrenada en París, está terminando la de una ópera titulada *L' Attacque du Moulin*, como aquélla basada también en una novela de Zola.

—En el mes de septiembre se inaugurará en Vannes, patria de Lesage, un monumento erigido á la memoria del autor de *Gil Blas*: la obra del escultor Emerand de la Rochette representa el busto del célebre escritor puesto en un pedestal, en el que una campesina deposita una rama de laurel y algunas flores silvestres.

—En el concurso celebrado en Alemania para el monumento que ha de erigirse en honor del emperador Federico en el campo de batalla de Worth, se han concedido tres premios de 5.000 pesetas á los proyectos de Maximiliano Baumbach, Maison y Hidding, habiendo sido confiada al primero la ejecución definitiva de la obra.

—La colección de antigüedades de los museos de Berlín se ha enriquecido con un busto de mármol perfectamente conservado que se considera como obra del arte ático del siglo V y que se cree ser el retrato de Anacreonte.

—El célebre compositor Francisco Suppé está escribiendo en Viena la música de una nueva opereta titulada *Telémaco*.

—Con motivo de las fiestas del centenario del descubrimiento de América se estrenarán en Génova cuatro óperas cuyo protagonista en todas ellas será Cristóbal Colón: una de ellas ha sido escrita por el barón Franchetti, autor de *Israel*, y se pondrá en escena en el Carlo Felice.

Varia.—En el palacio de Queen's Gate, de Londres, se han dado tres curiosas representaciones de hermosos cuadros al vivo, á beneficio de la Escuela real de Labores de aguja: los cuadros, primorosamente dirigidos por la condesa de Cottenham y Mistress Tyssen Amherst, eran de asuntos históricos relacionados con las materias objeto de enseñanza en la citada escuela, habiendo llamado especialmente la atención los que representaban: á la reina Matilde y á las damas de su corte bordando tapices de Bayeux; la entrevista entre la reina Carolina y Juana Deans, en la que aquélla entregó á ésta un costurero con un billete de 50 libras esterlinas, y la aparición de un ángel á Santa Elena mientras ésta estaba bordando. Los trajes eran riquísimos y apropiados á las distintas épocas (egipcia, griega, bizantina, normanda, medioeval, de los Tudor y del rey Jorge), habiendo terminado la función con un cuadro alegórico en que la diosa Industria apareció rodeada de personajes simbolizando todos los materiales que entran en las labores de aguja, seda, lana, algodón, lino é hilos de plata y oro.

—Con motivo de la inauguración de una feria para conmemorar el centenario de la fundación de la Escuela de huérfanas de francmasones de Escocia é Irlanda, organizóse en los salones de la Sociedad Real de Dublín una fiesta en extremo original: un *whist* musical con naipes vivientes. Las principales cartas de la baraja estaban representadas por ilustres damas y caballeros de la sociedad escocesa, y las menos importantes por las educandas de la citada escuela: las primeras lucían ricos y caprichosos trajes, y las segundas, como les está prohibido quitarse el uniforme, llevaban sobre éste grandes cartones figurando las cartas respectivas, y todas juntas ejecutaron, al compás de una música compuesta *ad hoc*, varias elegantes figuras que simbolizaban todas las jugadas del *whist*. La diversión resultó sumamente entretenida y muy original, y de seguro que la idea en ella desarrollada no será echada en saco roto por algún director de escena, que la utilizará para alguna de esas piezas de gran espectáculo tan en boga en los principales teatros.

—En Alemania se está terminando un tren de lujo para el emperador, en cuya construcción se trabaja hace tres años y que costará 3.750.000 pesetas. Compónese de doce coches que comunican entre sí por corredores, entre ellos un salón-biblioteca tapizado con Gobelinos procedentes de Charlotenburg, un comedor cuyos muebles y paredes son de roble, un salón tapizado de raso blanco, dos vagones para los niños, un salón de recepción con grupos y estatuas de mármol, un lujoso fumadero, tres dormitorios con tocador y cuarto de baño, una hermosa cocina y varios compartimientos para el séquito y la servidumbre.

—En Londres se ha inaugurado en el Earls Court una Exposición internacional de Horticultura y Floricultura, en la que pueden apreciarse los progresos de estas dos ramas de la actividad humana desde los tiempos más remotos hasta nuestros días: en la sección retrospectiva se admiran bellas reproducciones de los jardines de Egipto, con su avenida de esfinges terminada por un templo faraónico; de Roma, con sus nichos llenos de estatuas clásicas y sus cuadros de verdura tales como los describe Plinio; de Grecia, de los campos de te de la India y de Ceilán, y de los jardines chinos, japoneses é ingleses de pasadas épocas. En la sección moderna hay hermosas muestras de jardines holandeses, belgas, italianos, franceses y alemanes.

NUESTROS GRABADOS

De sobremesa, cuadro de Pío Joris.—Este pintor italiano es uno de los que con más acierto han logrado reproducir en el lienzo los tipos y las costumbres de las clases media y baja de su patria, y de los que con más gracia saben tratar los asuntos que unos y otras le inspiran. Dígalo en prueba de ello, el encantador grupo de estas romanas que aprovechando el día de fiesta se han vestido con sus mejores galas y en alegre comitiva han ido á comer en una de esas *villas* encantadoras que se encuentran en las cercanías de la Ciudad Eterna. La expresión de todos los rostros y las actitudes del lector y de las oyentes están trazadas de mano maestra, realzando las bellezas de las figuras las paredes cubiertas de estatuas y la frondosa alameda que les sirven de fondo.

El niño y el perro, dibujo de Luis Boilly.—Fué éste uno de los pintores franceses más famosos á fines del siglo pasado y principios del presente: dedicóse principalmente á los cuadros de género y á los retratos, distinguiéndose la mayoría de sus obras por su frescura y espontaneidad, cualidades que pueden observarse en el dibujo suyo que reproducimos. En sus últimos años dedicóse á la litografía, dando pruebas en este arte de prodigiosa fecundidad, y alcanzando con sus bellísimas producciones en este género una popularidad extraordinaria.

1.—Mañana de otoño, cuadro de D. José María Marqués.—2. Descanso, cuadro de D. José María Tamburini.—3. Recuerdos de lo que fué, cuadro de D. Juan Guzmán.—4. Recuerdos de Granada, cuadro de D. Isidoro Marín.—5. El primer disgusto, cuadro de D. Fernando Cabrera.—6. Borracho, cuadro de D. Luis Graner.—7. Recuerdo de Sevilla.—8. La fiesta de las palmas en Sevilla, cuadros de Tomás Muñoz Lucena.—Si los artistas españoles contemporáneos han logrado seguir las huellas de sus predecesores, cábele á Barcelona la gloria de reunir periódicamente sus obras en un Salón fundado por la iniciativa particular. Allí, en la Galería Parés, puede estudiarse el movimiento artístico español, puesto que en cada una de las exposiciones anuales que en ella se verifican, figuran obras de la mayor parte de nuestros artistas. Prueba de ello son los ocho lienzos que reproducimos, debidos á igual número de pintores de distintas provincias. En cada uno de ellos hállase fotografiado el carácter de su autor, el género que cultivan y las cualidades que poseen.

La mañana de otoño, de D. José María Marqués, es un bonito estudio del natural, fresco y jugoso, avalorado con cierta vaguedad que presta al paisaje poético encanto, circunstancia que se observa en la mayoría de sus composiciones, cual si el pintor rindiera culto á la idealidad. Y téngase en cuenta que Marqués no cultiva solamente el paisaje, ya que en la pintura de género ha producido algunas obras de mérito en las que se demuestra por completo el sentimiento artístico que rebosa en su alma.

El *Descanso*, de D. José María Tamburini, denuncia esa conjunción admirable que es causa del encanto que inspiran todas las obras de este pintor, esto es, pintor por la forma, poeta por el sentimiento. Tamburini es uno de los artistas que más honran á Cataluña, distinguiéndose como buen colorista, y aunque, quizás, extrema un tanto la belleza en su afán de dar á la forma mayores atractivos, recomiéndase siempre por la seguridad de los trazos y la exactitud de los tonos.

Recuerdo de lo que fué es una bella composición, genuinamente española, perfectamente estudiada y que revela en su autor, el genial pintor andaluz Juan Guzmán, la posesión de cualidades estimables, avaloradas por un espíritu observador. El músico callejero es tal vez el retrato de uno de esos tipos populares.

Varios cuadros de caballete, todos ellos apuntes y recuerdos de Granada, expuso el joven pintor granadino Isidoro Marín, cuyo nombre constituye una esperanza para el arte patrio, tan necesitado hoy, á pesar de la abundancia de producción, de continuadores de la buena escuela. En todos los cuadros nótabase esa brillantez de tonos y matices que constituyen la tierra andaluza, en donde el sol brilla con más fuerza y todo vive y se anima.

El primer disgusto se titula el cuadro que remitió desde Alcoy el laureado autor de *Los huérfanos*, el distinguido discípulo del malogrado Plasencia, Fernando Cabrera. Sencillo es el asunto escogido por el joven pintor, pero aun así ha sabido imprimirle cierto sentimiento que cautiva.

Luis Graner presenta otro tipo de borracho, tan recomendable como lo son los variadísimos estudios de tipos que de continuo nos ofrece, á los que debe la ejecutoria que el público le ha concedido de inteligente y laborioso artista. Sorprende su portentosa labor, con mayor motivo cuando todas sus obras son trasunto fiel de la realidad y sin que el amaneramiento destruya sus cualidades de excelente y vigoroso colorista.

Recuerdo de Sevilla, *La fiesta de las palmas* y varios estudios emitió Tomás Muñoz Lucena, el muy discreto autor del cuadro titulado *Las lavanderas*, que tanto interés despertó en la última Exposición Nacional de Bellas Artes. El Sr. Muñoz Lucena no es un artista novel, y aparte del lienzo á que nos referimos, ha producido otras obras de mérito, á las que debe su bien cimentada reputación artística. Es un pintor de alientos, que cultiva el arte con fervoroso entusiasmo.

Cabeza de estudio dibujo de Adolfo Menzel—Entre los primeros pintores contemporáneos alemanes figura el artista cuyo es el dibujo que reproducimos: contemplando éste puede formarse concepto aproximado de las excelentes cualidades que adornan á Menzel; aquellos rasgos vigorosos, espontáneos, seguros; aquel claroscuro perfectamente entendido, aquella sobriedad que en toda la obra se advierte, revelan una potencia de creación privilegiada y una ejecución de primera fuerza que adquieren mayor relieve en las obras de más empuje del propio autor.

Exposición universal de Música y Teatros, de Viena. — El teatro chino.—El teatro.—Edificio para conciertos.—El departamento principal de esta Exposición está instalado en el edificio central de la rotonda que se construyó para la Exposición de 1873; las galerías laterales son la del Este para el drama y la del Oeste para la música. El teatro es un hermoso edificio de estilo Renacimiento capaz para 1.500 espectadores y construído según los planos de los arquitectos Fellner y Helmer, los arquitectos teatrales por excelencia de Viena: en él se representarán óperas, dramas, comedias, etc. El edificio para conciertos, donde caben 2.200 oyentes, 150 músicos y 300 coristas, ha sido edificado según los planos y dibujos de Marmorek, arquitecto director de la Exposición: también son de éste los planos y dibujos del teatro chino, en donde se darán representaciones de sombras chinescas, pantomimas y fantoches.

La fiesta de las flores en la antigua Roma, cuadro de G. Muzzioli.—Representa este cuadro una de las más interesantes fiestas religiosas de la Roma pagana, la consagrada á Flora, la diosa de las flores, de los jardines y de la primavera. Celebrábase cuando los campos estaban en flor, y los licenciosos romanos entregábanse durante ella á los más desenfrenados excesos.

Una imaginación brillante y un talento artístico como los de Muzzioli no podían menos de sacar gran partido de asunto tan pintoresco, y la verdad es que el cuadro *La fiesta de las flores* es bajo todos conceptos digno del pincel que produjera entre otras obras bellísimas *Los funerales del Británico*, *¡Al fin!*, *En acecho*, que ya conocen los antiguos suscriptores de esta ILUSTRACIÓN.

EL FONDO DE UN CORAZÓN

POR MARCO DE CHANDPLAIX. – ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)

Rada de la Goleta, 27 septiembre 1881.

Durante largo tiempo no debía volver á ver á Magdalena, y apenas hubiera pensado en ella á no ser por los terribles acontecimientos de que Versailles y París fueron teatro.

¡Oh, qué crueles fueron aquellos años de 1870 y 71! ¡Qué recuerdos tan indelebles han dejado en mi espíritu! ¡Qué sentimientos de odio han infiltrado en mi corazón!

Casi hombres, casi oficiales, acuartelados en nuestro buque, en la rada de



Llega un día en que el hijo se marcha...

Brest, escuchábamos frenéticos aquellas desastrosas noticias que se sucedían rápidas como los rayos en una tempestad de los trópicos. Forbach, Sedán, el emperador prisionero, todo un ejército cautivo, los prusianos que se acercaban cada vez más...

Comprendiendo nuestra inutilidad y conocedores de todos aquellos desastres, vertíamos lágrimas de cólera y de impotencia, consolados pasajeramente por las hazañas de nuestros almirantes y oficiales, enviados al teatro de la guerra. ¡Cuántos elogios se hacían de ellos! ¡Qué ejemplos de disciplina y de valor nos daban! En medio de nuestra desesperación, estábamos orgullosos de formar parte de aquel cuerpo escogido. También nosotros queríamos marchar; lo habíamos solicitado; teníamos diez y ocho años; cada cual sabía manejar el fusil y el cañón, y nuestros brazos no habrían sido inútiles. Se vaciló... Muy pronto fué demasiado tarde... El círculo fatal se había estrechado ya; París estaba cercado...

Mis padres habíanse refugiado en la capital, y anunciáronme que la familia de Nessey había hecho lo mismo; el conde, volviendo al servicio activo, hallábase en un fuerte de Montrouge sin perder el valor; en París se esperaba siempre...

Después no recibí ya noticias de aquellos á quienes amaba y que se hallaban expuestos á los horrores del hambre y del bombardeo... Y todos los días, todos los días aumentaba el número de los desastres...



Rada de Túnez, 28 y 29 septiembre 1881.

No puedo recordar ese pasado doloroso sin experimentar mortales angustias. Ayer la pluma temblaba ya de tal modo entre mis dedos, que debí dejarla; mi corazón latía con demasiada fuerza, y mi pensamiento volaba, mostrándome á la vez todas las fases de aquel largo sitio de cuatro meses y medio y la heroica locura que París cometía, locura que yo bendigo, porque más tarde me permitió, hallándonos con nuestros buques en el extranjero, hablar aún de los desastres de Francia sin bajar mucho la cabeza... Y sin embargo, no se ha hecho todo lo posible...

Hoy vuelvo á mi tarea, y aunque escribo para mí solo, abreviaré, porque no necesito repetirme esta lección de patriotismo y de odio que el enemigo se ha encargado de grabar en mi memoria. Esta impresión no se borrará nunca, y las teas que los soldados incendiarios pasearon por Saint-Cloud, Montretout y Meudon, en pleno armisticio, inflamarán siempre mis recuerdos...

A fines de 1871, después de los horrores de la *Commune*, encontrábame disfrutando de una licencia en Versailles, y en casa de mis padres, á quienes amaba y apreciaba más después de haberme separado de ellos, porque la edad y la razón me habían iluminado. Observé cuánta ternura y cariño había en mi padre bajo su rudeza; pero comprendí que había luchado toda su vida contra la escasez, esa horrible necesidad que ahoga todos los entusiasmos, y no se me ocultó que después de las pérdidas de la guerra la lucha era más desesperada que nunca. Demasiado sensible para la profesión que desempeñaba, harto veía las miserias á su alrededor en aquel momento, pero las necesidades de la vida le impelían; era preciso seguir adelante, y para disimular la piedad de su corazón, conservaba siempre en su rostro esa máscara glacial que le veíamos en casa y que tanto me aterraba cuando era niño.

En casa de los Nessey, á quienes no hice más que las dos visitas de rigor, la de llegada y la de despedida, encontré grandes cambios.

Francia se hallaba aún bajo la impresión producida por los recientes acontecimientos de la *Commune*; todo el mundo estaba inquieto, la sociedad dislocada y el comercio interrumpido; pero si aquellas rudas sacudidas trastornaban el país, también habían hecho vibrar las almas, despertando algunos corazones dormidos. El Sr. de Nessey, estimulado por la lucha, había conseguido desechar su pasión por el juego y las mujeres. Ahora pensaba en su familia y consagrábase enteramente á su hacienda, que exigía la mayor atención, pues había reflexionado con inquietud que si la República le destituía del cargo que le había conferido el emperador, ya no tendría medios de subsistencia suficientes. En su consecuencia vendió el palacio y el coche, reformando la casa por completo. Miss Betsy fué despedida, encargándose Luisa de reemplazarla para cuidarse de sus hermanitas Berta y María, y la señora de Nessey se puso en campaña á fin de casar cuanto antes á su hija mayor. Como el Sr. de Nessey estaba condecorado, Magdalena fué enviada al colegio de la Legión de Honor, y ya se comprenderá que no pensara en ella hasta el día en que volví á verla, mucho, mucho tiempo después. La vida del marino me absorbía del todo con su brillo, sus caricias, sus variaciones, sus deberes y todo ese misterioso desconocido que desarrolla ante nosotros durante nuestros jóvenes años. Visité China, el Japón, Oceanía y América; vi costumbres y sociedades diferentes de las nuestras; corrí peligros; tuve aventuras de todas especies, y conocí la embriaguez y los disgustos del amor. En medio de estas agitaciones, cuando mi pensamiento reconcentrado me representaba Versailles, tan lejos, tan lejos, todas mis miradas eran para la modesta casa donde había nacido, y parecíame ver, como por un anteojo á mi padre y á mi hermana, siempre tristes, pero resignados, felices á pesar de todo, aunque ignorantes de esas borrascas que agitan los corazones, más terribles á veces que las borrascas del cielo.

Y como por la ausencia los juzgaba siempre mejor, amábalos más, recordando todas las atenciones y solicitud que me dispensaban y las angustias que debían experimentar ahora por hallarme tan lejos de ellos y tan expuesto...

En el intervalo de una á otra campaña iba á ver á mi familia.

Es preciso haber disfrutado de las alegrías del regreso para comprenderlas y apreciar el encanto penetrante de todas esas cosas inertes y triviales á que os mostrabais en otro tiempo indiferentes: el jardín, su verja, un poste, un tiesto de flores roto, un mueble viejo, mil objetos familiares en los cuales se fijan miradas de cariño como si os diesen la bienvenida y á los que se abrazaría de buena gana. ¡Oh!, aquel primer día pasado en su casa, las repetidas preguntas, hasta el mismo silencio, los ojos húmedos, la mirada que se dirige hacia atrás por todo el camino que se acaba de recorrer! Después llega la noche; enciéndense las lámparas; sobre el blanco mantel se sirve la comida, en cuya preparación se ha esmerado la madre, pues recuerda los gustos del niño, y éste encuentra cuanto le agrada. ¿El niño? Siempre lo es para ella, á pesar de su espesa barba y de los dos galones que brillan en la manga de su levita, y lo será siempre. «¡Come, hijo mío, come!,» dícele, como si no hubiese comido nunca allá en lejanas tierras, en el país de los salvajes, del sol abrasador y de las fiebres.

Y después, aquella voluptuosidad del lecho de familia, aquel lecho puro, con sábanas perfumadas: parece que se duerme mejor que en otra parte y que los sueños son más dulces...

¿Por qué es preciso – ¡oh triste y doloroso sentimiento, sobre todo para la madre! – por qué es preciso que el niño haya crecido, que tenga otros gustos, que haya adquirido otras costumbres, que sienta encenderse en su pecho pasiones y que le domine la sed ardiente de libertad, esa libertad que se ha conocido y que se aprecia mejor, como todas las cosas, apenas se pierde? ¿Por qué el aburrimiento nos ha de invadir más pronto ó más tarde?... ¡Ay! Sí, el aburrimiento. Por más que nos resistimos á creerlo y que no nos atrevemos á confesarlo, el aburrimiento es lo que más pesa sobre el cerebro demasiado lleno. Esa vida indolente, inactiva, después de las grandes agitaciones; esa tranquila morada, donde no penetran los ruidos exteriores; esa calma profunda que no caldean los rayos del amor, produce el efecto de un hermoso lago circuído de escarpadas montañas. Desde lejos tenía atractivo el paisaje fresco y tranquilo; de cerca, parece que su soledad pesa en el alma, su silencio os hiela y vuestra propia voz os espanta. Allí no se podría vivir solo; querríamos quedarnos allí y tratamos de luchar, pero después los sentidos se embotan, y el sueño y el pensamiento, franqueando las montañas, nos muestran la vida que se agita más allá; oímos voces frescas que nos llaman, vemos manos que nos reclaman y sonrisas que nos invitan. En el cuerpo que reposa demasiado, la sangre hierve con más fuerza, y como la savia en las ramas, nos empuja lejos del tronco... Llega un día en que el hijo se marcha, por mucho que la separación le duela y á pesar de las lágrimas que ve correr á su alrededor, y se lanza en el bullicio de la vida del que solamente habría podido alejarle una mujer joven que en el curso de su existencia le impresionara vivamente.

Rada de Túnez, octubre 1881

Sólo una de mis permanencias en Versailles me pareció muy breve, aunque fué más larga que las otras, pues duró ocho meses, desde agosto de 1876 hasta abril de 1877, ocho meses que transcurrieron como un sueño feliz. Francia había arrojado su manto de luto para trabajar con más ardimiento; con esto recobró la alegría, la fortuna y la esperanza, y ya París osaba elevar la voz para invitar á los pueblos á su próxima Exposición. Mi padre estaba satisfecho, porque algunas especulaciones felices habían aliviado su posición; los negocios marchaban mejor, y aunque estuviese lejos de hacer fortuna, entreveía el porvenir bajo colores menos sombríos que en otro tiempo; pero como es nuestro destino no llegar á ser nunca completamente felices, aún quedada un punto negro: ¿Conseguiría ganar una dote suficiente para casar bien á Juana?

¡Ay de mí! A fines de 1876, aquella dote malhadada no era muy cuantiosa, á pesar de todas las economías de mi madre, y á Juana le faltaba poco para cumplir sus veinticuatro años.

En la misma noche del día de mi llegada, y como se hablase aún de aquella idea de matrimonio, mi padre me anunció, no sin secreta envidia, que la señorita Luisa de Nessey, menos hermosa y menos mujer de su casa que Juana, había conseguido encontrar esposo, un apuesto capitán de artillería, condecorado y muy rico, según se aseguraba.

Pero la condesa de Nessey había trabajado mucho para conseguir este objeto, añadió mi madre, y en cuanto á la señorita Luisa, todo Versailles sabía hasta qué punto se había comprometido. Hacía dos años que se trataba de aquel matrimonio, y en este tiempo se vió muchas veces solos á Luisa y al capitán, que por la noche, en verano, dábanse citas en el parque. Cierto que la condesa presenciaba á veces aquellas entrevistas; pero ¡cómo sabía cerrar los ojos... ó alejarse oportunamente!... El capitán, sin embargo, había tratado de eludir el compromiso, huyendo á Bretaña para reunirse con su familia, bajo pretexto de ir á buscar sus papeles; y como no parecía dispuesto á volver, habían ido á buscarle para traerle. ¡Entonces se casaron al fin! ¡Pero qué intrigante era la condesa de Nessey! ¡Diantre, había nacido en Nueva Orleáns! Era una criolla con puntos de norteamericana, y con esto estaba dicho todo.

Calmé á mi madre sonriendo, y diciéndole que exageraba, que sus ideas pecaban de anticuadas, que la señorita Luisa, á quien yo conocía perfectamente, tenía relevantes cualidades, así de corazón como de talento. ¿Había sido coqueta? ¿Qué joven no lo era? Si le había agradado coquetear, debíase esto á su educación americana y á las exigencias de la moda; pero todo ello pasaba con el matrimonio, y las americanas, según se decía, eran muy buenas esposas.

– Es posible, repuso mi madre; pero si yo fuera hombre no me fiaría de tal coqueteo. De todos modos, deseo que no te dejes coger como el capitán por esas graciosas monadas. Magdalena, que ha salido ya del colegio de la Legión de Honor, es realmente muy hermosa;... pero no tiene un cuarto... Seguramente se aprovechará del ejemplo de su hermana... y con ayuda de su madre...

– Sobre este punto puedes tranquilizarte, madre mía, contesté, muy satisfecho del inesperado giro que había tomado la conversación. La señorita Magdalena, á quien no reconocería sin duda, no es para mí, pues yo tampoco tengo dinero y además no soy noble. Supongo que sus padres abrigan más altas pretensiones. A tus ojos de madre, naturalmente valgo mucho; pero en realidad, y á los suyos, mi valor es muy modesto.

Mi padre me aseguró que me engañaba; que había encontrado al Sr. de Nessey últimamente en la calle, y que este antiguo oficial, muy entendido en marina, me pronosticaba un hermoso porvenir. A los veinticuatro años se me acababa de proponer para el grado de teniente de navío, después de un combate feliz en Nueva Caledonia, y era seguro que algún día llegaría á almirante. Por otra parte, los casamientos comenzaban á ser muy difíciles, y un padre no podía esperar mucho tiempo á colocar á sus hijas; de modo que no sería de extrañar que mi presencia en Versailles despertase alguna idea de matrimonio.

– Eres demasiado modesto, dijo Juana, y además, para los Nessey basta que seas oficial de marina: esto solo es un título de nobleza.

– Es preciso que vayas á verlos, añadió mi padre; tu amistad con Luis lo exige, y el señor de Nessey merece mucho más mi aprecio desde la guerra; pero es preciso que andes con cuidado. A pesar de toda tu modestia, no eres un partido desventajoso hoy por hoy, y tu posición no te permite contraer enlace con una joven sin fortuna, mucho menos cuando esta joven se ha educado en el lujo á pesar de su pobreza. Ya verías cuán desgraciado serías después, ó mejor dicho, cuán desgraciados seríais los dos.... No digo esto por los Nessey, pues Magdalena es muy joven y tú también, hablo por todas las que se hallan en la situación de esa señorita.

– Para el matrimonio se necesita dinero, añadió mi madre, mucho dinero.

– Ahí tienes á Juana, dijo mi padre, que aún no se ha casado á pesar de su belleza y de sus brillantes cualidades.

– ¡Oh! No hablemos de mí, repuso mi hermana, á quien varias decepciones habían desanimado; me quedaré con ustedes y no por esto me consideraré digna de lástima.

– Al contrario, hablemos, replicó mi padre profundamente afectado por la resignación de Juana; no pensemos más que en ti ¿No se presentará un hombre bastante perspicaz para comprender que tus cualidades valen una fortuna?

Mi madre, intimidada por las voces de mi padre, intervino á su vez.

– No te arrebates, dijo. ¿Qué le hemos de hacer? Todos los hombres son iguales; todos van á caza de una dote.

– Hablemos de otra cosa, dijo Juana, con la vista fija en su bordado, conociendo como conocía aquellas penosas discusiones por haberlas oído muchas veces. Os ruego que no hablemos de mí, porque estoy muy contenta tal como me encuentro. Pensemos en Pedro, que seguramente se casará con una hermosa joven, buena sobre todo...

– Y rica, añadió mi madre.

Juana y yo no pudimos menos de sonreir ante aquella apreciación tan diferente, según se tratase de mi hermana ó de mí.

– No hay que desesperar, repliqué. Juana es joven aún; y en cuanto á mí, tenemos tiempo de reflexionar, pues no es ciertamente el matrimonio lo que me preocupa. ¿No tengo acaso ya una esposa, el mar, como los Dux de Venecia? Los marinos no debieran tener otra. ¡Si supierais cómo cautiva!

Y aprovechándome de esta alusión describí escenas marítimas para cambiar la conversación, que me disgustaba por todos conceptos, porque en primer lugar desagradaba á mi pobre Juana, y en segundo porque ¡eso de hablar sólo de dinero y siempre de dinero!... Aunque por desgracia comenzaba yo á comprender cuán necesario es el dinero, me repugnaba, y había llegado á ser odioso para mí pronunciar esa palabra, comprendiendo que la escasez había sido la causa de todas las miserias y desuniones de nuestra familia. Hablé extensamente de mis viajes, de mis triunfos, y mis padres, orgullosos de mí, me escuchaban enternecidos. Como vivían lejos de la sociedad, yo era el mundo para ellos; mi juventud y mi alegría iluminaban su antigua sala, y su ingenuo asombro me complacía; comprendía que eran felices, y yo lo era también.

***

Rada de Túnez, 3 octubre 1881

Ayer me convidó á comer el comandante Duchamel, después fuimos á sentarnos en la toldilla del buque, y hablamos largo tiempo fumando un cigarro tras otro. Hacía un tiempo magnífico; el mar parecía de aceite, como dicen los marselleses, y reflejaba en su tranquila superficie todas las estrellas del cielo. No había luna, pero la atmósfera era serena, y el faro de la entrada iluminaba con sus resplandores el claro horizonte. Alrededor de nosotros reinaba un silencio profundo; á lo lejos veíase Túnez con las pálidas claridades de los reverberos modernos; más cerca, Cartago, abandonada y sombría, como si estuviera de luto, y en una altura que detrás de ella se alza, la tumba de San Luis, cuya blancura tenía cierto aspecto de apoteosis.

Hablamos un poco de todo, como suele acontecer entre hombres, y el comandante me preguntó de pronto en qué entretenía el tiempo por la noche cuando no iba á tierra. Entre dos bocanadas de humo, le contesté que escribía mis memorias; al oir esto, me miró para ver si hablaba en serio, y después los dos nos reímos. El comandante me dijo que mucho debía aburrirme cuando me ocupaba en tal cosa.

¡Oh! Sí me aburría, y lo confesé francamente: aquella ciudad de la Goleta, tan sucia y falta de distracciones; la distancia considerable, el punto en que habíamos anclado, el mal tiempo frecuente, aquella enervante espera de acontecimientos que no llegaban nunca, y en fin, Francia tan lejos, puesto que no podíamos ir á ella... Preferiría una verdadera campaña en China, en el Atlántico ó en cualquiera otra parte.

El comandante me dijo entonces que tuviera un poco de paciencia, que mis deseos se realizarían muy pronto, y que dentro de quince á veinte días, ó cuando más un mes, marcharíamos al Océano Indico. ¡El Océano Indico, es decir, la India, Madagascar, Borbón, el Africa Oriental, países misteriosos y extrañamente variados! ¡Qué fortuna para mí, que aún no los conocía! La noticia me colmó de regocijo.

Esperando el día de ir á esos parajes, continúo mis memorias, puesto que existen; pues ahora que he comenzado, tengo curiosidad por conocer el efecto que me producirá verme retratado en ese papel con mis sentimientos y mi corazón tales como son en realidad.

En este punto de mi relato me servirá el cuaderno que escribí á los veinticinco años, y transcribo exactamente lo que leo en las primeras páginas:

Jueves. – Hace diez días que estoy en casa. Luis de Nessey se halla ausente, y lo siento mucho. Para distraerme cojo uno de mis diarios... Es divertido volver á leer más tarde lo que uno ha escrito, y además ¡cuántas cosas habría olvidado entre todas las que he visto, si no hubiese tenido la costumbre de escribir algunas líneas todas las noches! Aquí reina la calma, la calma chicha, y supongo que mi diario no será largo.

Ayer pasé un buen día en París con Dumas, un compañero á quien encontré en el café de Helder. Por la noche fuimos al teatro de los Bufos, donde trabamos conocimiento con dos jóvenes encantadoras, sobre todo una de ellas, hermosa rubia y muy alegre. También lo era la morena, mas prefiero las rubias. Después del teatro fuimos al bosque, por puro capricho, y después cenamos. Todo esto me divertía mucho; pero ¡diantre, qué gasto! A pesar de mis ahorros de campaña, no podré ofrecerme á menudo semejantes fiestas; pero ¡bah! yo preguntaría á los oficiales de guarnición en Versailles si ellos se divierten de balde. Hoy me duele mucho la cabeza; diríase que tengo el cerebro vacío, y no hago más que escribir disparates... ¡Extraña idea ha sido la de escribir un diario! Mañana es viernes, día del santo de la señora de Nessey, y será preciso visitarla. A decir verdad, no ha tenido poca suerte Luisa en hallar marido. Yo quisiera que Juana le encontrase también. ¡Pobre Juana, á pesar de mi aspecto de indiferencia la amo más de lo que ella cree!...

Viernes. – He vuelto á ver á Magdalena, mi amiguita de Trianón, miss Buggy, el diablillo. ¡Qué cambio! No he osado preguntarle, como en otro tiempo, «Magdalena, ¿sigue usted queriéndome?» ¡Oh! Nada de eso.

Al principio me he mostrado algo turbado, y supongo que habré parecido ridículo.

Magdalena fué quien me recibió; es ya una joven bien formada, de menos que mediana estatura, su rostro presenta un óvalo perfecto, ni corto ni largo en demasía y de una blancura mate, contribuyendo á la gracia de su expresión un hoyuelo en cada mejilla; los ojos, negros y brillantes, parecen aterciopelados y hacen resaltar más la blancura del cutis; en las venas, á flor de la piel, una sangre rica que la menor emoción derrama por el rostro comunicándole sonrosados matices. En el movimiento de la cabeza, en el arco de las cejas bien pobladas y en el aspecto general nótase cierto aire altivo y resuelto, única cosa que recuerda á la miss Buggy niña, y cuando anda, un resto de los saltitos á que tan aficionadas son las niñas comunícale una gracia infantil. En rigor, Magdalena no deja de ser una niña, pues apenas hace algunos días que cumplió los diez y siete años. Sin embargo, hay en sus ojos algo profundo, serio, singular, y... ¿cómo diré?... algo que viene de lejos.

A su vista se me vinieron á la memoria aquellos versos en que el poeta dice: «Una sobre todo, una española joven, de blancas manos y cuyo pecho se hinchaba con suspiros inocentes; unos ojos negros en los que brillaban las miradas de una criolla, y ese encanto desconocido, esta fresca aureola que corona una frente de quince años.»

Y me preguntaba á mí mismo si esta española era Magdalena ó una amiga de la casa: cuando de pronto me dijo con el más puro acento francés:

– Al fin ha llegado usted: sírvase tomar asiento, Sr. Larache; voy á buscar á mamá.

Y Magdalena hizo ademán de correr, deslizándose sobre el suelo, pero en aquel instante llegaba la condesa.

La señora de Nessey era siempre la misma; no había cambiado en nada, ni en lo físico ni en lo moral; acudía risueña, alargando la mano; y como nos viese á Magdalena y á mí, un poco lejos uno de otro, confusos como personas que no se han visto hace largo tiempo y que esperan una presentación, exclamó:

–¡Cómo! ¿No os reconocéis ya?

Después, cual si hubiera evocado un antiguo recuerdo, nos acercó uno á otro y dijo con una sonrisa:

–¡Magdalena, da un beso á tu salvador!

Entonces Magdalena, remedando cómicamente á una niña, hizo una torpe reverencia y presentóme su frente, que yo apenas rocé con mis labios, sonrojándome de una manera ridícula. Pero con esto desapareció la cortedad, y la conversación, versando sobre trivialidades, hízose muy pronto amena, familiar y sumamente cordial.

Semejante acogida me dejó muy complacido: yo era siempre Pedro, el señorito Pedro, el amigo simpático, el compañero de Luis, algo como el gran perro de Terranova con que jugábamos en otro tiempo.

Naturalmente, hablamos mucho de Luis. ¡Qué lástima que hubiese marchado hacía pocos meses, y que no hubiéramos obtenido licencia al mismo tiempo para reunirnos! En fin, yo trataría de sustituirle en las excursiones proyectadas. En septiembre y aun en octubre todavía hace buen tiempo; visitaremos los alrededores de Versailles, que todos los extranjeros admiran y que nosotros no conocemos, precisamente por haber nacido allí. Después llegarán los días cortos, el invierno, la lluvia, y por la noche habrá reunión de confianza, como en otro tiempo. En fin, la sociedad de Versailles se propone dar muchas recepciones este año, según nos dijo la señora de Nessey, y háblase ya de magníficos bailes en los que se estrenarán varios cotillones inéditos. Naturalmente, seré invitado á ellos si quiero, pues como los bailarines comienzan á escasear, son muy buscados; Magdalena irá también, pues acaba de cumplir los diez y siete años, y se ha resuelto que haga su entrada en el mundo á esta edad.

–Un primer baile, dije á Magdalena, debe ser para una joven algo así como para nosotros el primer combate. Apuesto á que sueña usted ya con esa fiesta.

–¡Yo!, exclamó Magdalena riendo á carcajadas, nada de eso. Ciertas jóvenes que en su primer baile ven tal vez una especie de emancipación, podrán soñar con él; pero usted olvida que mamá es americana, y que desde muy niña me acostumbró á todas las libertades... No, á decir verdad; creo que no me agradarán mucho á pesar de sus cotillones inéditos esos grandes bailes, en los que siempre reina la etiqueta. Prefiero nuestras pequeñas reuniones íntimas, en las que puedo hacer lo que se me antoja, y mucho más me agradarán aún nuestras proyectadas excursiones por el campo.

... He vuelto á ver también al Sr. de Nessey, quien con sus clásicas patillas, que se empeña en llevar largas, me ha recordado á nuestros almirantes. El conde está algo envejecido y quebrantado; pero conserva su buen aspecto, y sigue siendo tan amable, á pesar de cierto pliegue desdeñoso de su labio. Ha sabido cuál fué mi conducta en Nueva Caledonia, y espera que seré nombrado teniente de navío antes de diez y ocho meses. Como tiene muchos amigos en el ministerio, irá á verlos uno de estos días para hablarles de mí. No puede darse mayor amabilidad y me han conmovido mucho sus ofrecimientos, hechos con la mayor sencillez y sin que yo me tomara la molestia de provocarlos.

–Es muy natural, me ha dicho. Luis, como usted sabe, no me necesita en mucho tiempo, pues acaba de ser promovido al grado de teniente de navío; de modo que por nadie podría interesarme tanto como por su mejor amigo.

En resumen, el día ha sido muy bueno para mí. El programa de las tranquilas diversiones, detallado por la señorita Magdalena, me ha seducido mucho, y este año nadie se aburrirá. ¡Si yo consiguiese tan sólo desvanecer las prevenciones de mis padres! ¡Ellos son los orgullosos, y no los Nessey! ¡Si al menos pudiera acompañarnos Juana! Pero desde aquí me parece oir decir á mi madre, siempre con su rigorismo y santa economía:

–¡Todo eso produce gastos: los vestidos, el calzado, las joyas, los coches! Tú no piensas en ello. Y después todas esas locuras, esos contactos, esos jóvenes, esa sociedad descabellada... ¡No, no, jamás! Juana no ha sido educada así. ¿No es verdad, Juanita?

Mi hermana dirá que no, naturalmente.

En fin, probaré; pero me sorprendería mucho conseguir mi objeto, y me daría por muy contento con que no me censuraran á mí mismo.

***

5 y 6 octubre 1881

En mi cuaderno de los veinticinco años salto algunas páginas en que no se revela aún el amor, sino el placer de amar.

El amor es un sentimiento poderoso y arrebatado; los obstáculos le irritan sin detenerle; no se calma sino cuando vence, y aun á menudo la victoria no hace más que acrecentar su fuerza, porque no se ama realmente sino cuando se ha poseído.

El placer de amar es un sentimiento ligero, es el despertar del corazón ó de los sentidos, á veces una sorpresa, ó bien una ilusión engañosa. No es amor, ni apenas el preludio de él; es una especie de melodía que perturba, pero que más bien alegra.

Pronto reanudamos Magdalena y yo nuestras relaciones, y sin preguntarnos si era amor ó el placer de amar lo que nos guiaba, disfrutábamos de esas dulces alegrías que provienen de una mirada, de una sonrisa, de una preferencia manifestada, de esas mil bagatelas que constituyen tal vez toda la felicidad de la vida, porque no llevan consigo más que esperanzas, sueños realizables, pero no realizados.

En tal situación estábamos, cuando una noche tuve la idea de insistir para que mis padres permitieran á Juana tomar parte en nuestros pasatiempos. Ya había hablado de ello, sin conseguir que mi hermana se decidiese, aunque en el fondo no deseaba otra cosa. En primer lugar, objetáronme que jamás había sido invitada, á lo cual contesté yo que era culpa nuestra; pero que bastaba hacer una visita á los Nessey, que se alegrarían mucho de ello. La noche en que volví á tratar del asunto, mi madre contestó lo que yo había previsto: «todas aquellas fiestas, por sencillas que fuesen, ocasionaban gastos; las inclinaciones de ambas familias diferían demasiado; y Juana, un poco triste, prefería la soledad, sin desear que la arrancasen de ella.»

Mi madre añadió que yo mismo hacía mal en dejarme llevar, y que me mostraba demasiado solícito con Magdalena, como en otro tiempo el capitán de artillería con la señorita Luisa, tanto que ya se comenzaba á chismear en la ciudad.

–¡Dios mío!, dijo, hasta aquí no ha habido más que niñerías... porque Magdalena es muy joven; pero no importa; haces mal en ir así... En esa familia hay intrigas que tú no ves.

No pude menos de protestar contra esto.

—¡Intrigas!, exclamé. ¿Qué intrigas? Magdalena era, en efecto, una niña sencilla y natural. A su edad no hay disimulo, y ciertamente que tan poco pensaba ella en el matrimonio como yo. Si la gente se ocupaba de nosotros, tanto peor para ella. Por consideraciones al mundo no iba yo á romper neciamente con los que me acogían tan bien...

–¡Anda, anda, interrumpió mi padre, cómo te exaltas! No creíamos tocarte tan en lo vivo. Nadie te habla de romper; pero podrías mostrarte menos asiduo; y hasta es el deber de todo hombre que no quiere que se le supongan intenciones que no tiene,... pues supongo que tú no tienes ninguna. ¿No es así?

–¿Qué intención podría tener? Los que me la supongan se llevarán chasco.

–Pero tú ignoras, repuso mi padre, la fuerza de penetración que hay siempre



Después fuimos á sentarnos en la toldilla del buque

en la voz pública; pasa desde el aire al espíritu y al corazón, y acaba por regular nuestras acciones.

–Pues se hace mal en escucharla.

–Con frecuencia, sí, se hace mal; mas así y todo se la obedece. A fe mía siento que tu madre haya sacado este asunto á colación, pues los hechos no tienen nunca mayor gravedad de la que se les concede, é insistir en ellos es dársela. En cuanto á ti, soy de tu opinión; no hay nada grave... nada aún. Te diviertes sin segunda intención, de una manera correcta; estoy convencido de ello; pero reflexiona: si la joven tomara la cosa por lo serio, el asunto cambiaría de aspecto, pues tú mismo declaras que no tienes ninguna intención. Pues bien: que no haya jamás la menor ambigüedad en tu conducta. Interroga tu conciencia, si no lo has hecho ya; es un juez infalible, y si te acusa, será porque has cometido una falta; si está tranquila, no la cargues con ningún peso para que no te sea necesario después aliviarla de él.

–Tienes razón en hablarme así, padre mío, contesté; pero pierdes de vista que, si soy demasiado asiduo, mi salvaguardia y mi excusa se hallan en mi convicción de que ni la señorita Magdalena ni sus padres pueden ver en mí un futuro esposo. Por otra parte, mi conciencia está muda.

–Eso es lo importante; pues por lo demás, temo mucho que te engañes... Según te decía, si la joven se enamora, á pesar de todo, ¿qué harás al reconocerlo, aunque nada tenga que echarte en cara?

–Entonces huiría... á menos que...

–¿A menos qué?

–Que yo la amase también.

–Pues bien: la amarás si ella te ama, ó creerás amarla, lo cual es absolutamente lo mismo.

–Pues entonces me casaría.

–Y en este caso, lo sentirías mucho más tarde. He aquí por qué los consejos de tu madre son sabios, y por qué no se debe esperar á que una joven se enamore para huir de ella, porque entonces ya es demasiado tarde.

–Pues entonces sería necesario huir de todas las jóvenes.

–Sí, dijo mi madre, de todas aquellas con las que uno no quiere ó no debe casarse.

Y era cosa bien entendida que entre aquellas que no se deben tomar por esposas, figuraban en primer lugar las pobres hijas sin dote.

¡Qué cruelmente resuenan estas palabras en oídos jóvenes!

Yo las escuché sin rebelarme, porque mi amor no era muy profundo; mas no sin experimentar mucha tristeza, á la vez que me acosaban vagos temores. Había mucha verdad en todo esto, y además yo me preguntaba: «¿Soy amado? ¿Debo hacer sufrir á Magdalena?»

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

FERROCARRIL DE PLATAFORMAS

El sistema de ferrocarriles de estribos escalonados inventado por los hermanos Enrique y Guillermo Rettig, de Alemania, que describimos en el número

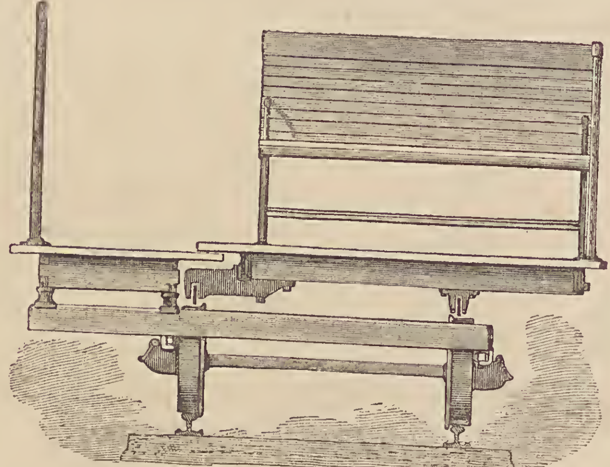


Ferrocarril de plataformas que funcionará durante la Exposición universal de Chicago

484 de La Ilustración Artística, ha sido imitado en América, y en breve se inaugurará la primera línea según tal sistema construída en la Exposición universal de Chicago: de momento sólo tendrá una longitud de 270 metros; pero si los resultados son favorables, esta extensión se irá ampliando paulatinamente.

Este ferrocarril se compone de dos plataformas ó vagones sin fin que se mueven uno al lado de otro con distinta velocidad y no se detienen nunca: el que quiere utilizarlo empieza por subir á la primera plataforma, en la que como se ve en nuestro primer grabado hay unos postes que sirven de puntos de apoyo. El subir y bajar de la misma no ofrece dificultad alguna, porque la velocidad con que corre no excede á la del peatón, ó sea de 5 kilómetros por hora. La segunda plataforma, en la que van colocados los asientos, se mueve con doble rapidez, pero tampoco es difícil el acceso á la misma por la sencilla razón de que la primera, en donde está ya colocado el que ha de subir á la segunda, corre, según hemos dicho, con la mitad de esta velocidad, de modo que el subir á esta última cuesta tan poco como ha costado subir á la primera.

Como se ve por la fig. 2, que representa la sección transversal del conjunto del aparato, la primera plataforma descansa sobre pequeños ejes de ruedas, al paso que la segunda – y esto constituye una mejora introducida por los americanos en el sistema alemán – se apoya sobre rieles que á su vez corren sobre las ruedas. La diferencia de velocidad entre las dos plataformas se obtiene porque la llanta de la rueda recorre doble camino que la parte exterior de los ejes. El roce de los rieles sobre la rueda es tal, que la segunda plataforma se mueve aunque esté vacía. Las plataformas son movidas por la electricidad.



Sección transversal del ferrocarril con plataformas

Los resultados de este experimento son esperados con gran curiosidad. El ferrocarril sistema Rettig sólo sirve para cortos trechos; por ejemplo, para recorrer el interior de una exposición, de una gran fábrica, etc.; en los trayectos largos aumentaría mucho el roce de tantas ruedas y de las plataformas.

(De la revista alemana *Prometheus.*)

* * *

CURACION DE DIVERSAS ENFERMEDADES INCURABLES

En la sesión celebrada el día 23 de mayo en la Academia de Ciencias de París, M. Brown-Sequard ha dado á conocer una serie de curaciones verdaderamente notables, conseguidas por medio de inyecciones hipodérmicas de un líquido que prepara en su laboratorio y cuya composición ha revelado.

Comenzó el referido doctor por hacer constar la completa inocuidad de su método que en más de 20.000 aplicaciones no ha producido ningún accidente funesto; luego expuso una porción de casos patológicos en los cuales se ha conseguido la curación, entre ellos el de una ataxia locomotriz, enfermedad nerviosa muy frecuente y rebelde á toda medicación, y el de un enfermo atacado *in articulo mortis* de espasmos ocasionados por un reumatismo muscular de las costillas y del diafragma.

No es éste el único ejemplo de curación *in extremis* que citó el sabio profesor: un anciano de setenta y un años, minado por una fiebre perniciosa, á quien, según todas las apariencias, no quedaban veinticuatro horas de vida, fué igualmente salvado.

Y lo más particular en estas curas de enfermos próximos á la muerte es la rapidez con que se han realizado y que en otros tiempos habrían hecho creer en un milagro. En efecto, no sólo desaparece el mal, sino que con él desaparece también la debilidad engendrada por la enfermedad.

La acción del líquido inyectado, según M. Brown-Sequard, no es terapéutica, sino simplemente reconstituyente, regeneradora y aumenta la potencia cerebral; citando en apoyo de su opinión varios experimentos realizados en algunas personas ancianas, á las que se ha devuelto una fuerza de resistencia á la fatiga que habían perdido hacía más de treinta años y hasta un vigor muscular que medido en el dinamómetro iguala al de los mejores tiempos de su vida.

Mr. Brown-Sequard citó el caso de un viejo de ochenta y nueve años que merced á sus inyecciones ha podido reanudar su costumbre de montar á caballo; pero á pesar de este y otros ejemplos, protestó de que no ha pretendido nunca encontrar un remedio contra la vejez.

Añadió que en sus curaciones la sugestión no ha influído en lo más mínimo, y refirió en demostración de ello que algunos enfermos fueron engañados intencionadamente, y habiéndoles inyectado agua clara, el efecto conseguido fué nulo, al paso que el aumento de vitalidad se manifestó desde la primera inyección de su líquido. Este experimento, repetido muchas veces y en distintas formas, permite asegurar que la sugestión desempeña en estos fenómenos un papel negativo.

M. Brown Sequard, cuyos trabajos sobre este asunto duran desde hace trece años, cree que podrán ser de alguna utilidad para los médicos en el tratamiento de ciertas enfermedades, entre ellas la tuberculosis y la epilepsia.

De todos modos, los resultados obtenidos son en gran número.

(De *La Nature*)



EL CRIPTÓFONO

Según anunció hace poco la revista francesa *La lumière électrique*, el coronel de ingenieros del ejército francés M. H. Henry, inventor del criptófono que con sorprendente resultado se ensayó en el año 1883 en el monte Valeriano, en los alrededores de París, ha conseguido con ayuda del director de la Sociedad general de Teléfonos, M. Berthon, perfeccionar de tal manera el aparato por él inventado, que su aplicación práctica no tardará seguramente mucho tiempo en ser un hecho.

El mecanismo del criptófono es en conjunto el siguiente: un vibrador en extremo sensible que recoge las menores vibraciones aéreas producidas por cualquier ruido que le comunican sus oscilaciones las transmite á un micrófono, el cual á su vez las hace llegar por medio de alambres conductores á un teléfono situado á gran distancia. En la estación receptora hay un timbre que al llegar aquellas vibraciones suena para llamar la atención del encargado de escuchar en el teléfono los sonidos transmitidos. El aparato que recibe estos sonidos es tan perfecto desde el punto de vista de su sensibilidad, que en él pudo oirse el ruido producido en el agua por la hélice de un vapor que navegaba á una distancia de dos ó tres kilómetros del sitio en que aquél estaba emplazado.

Colocado el aparato en una carretera, por ejemplo, de modo que no se distinga á la vista, pues se trata naturalmente de un acecho secreto, puede oirse desde muy lejos y muy clara y distintamente el ruido de peatones, caballos, carros, etc. De suerte que el criptófono como centinela de seguridad podrá aplicarse para fines policíacos contra los salteadores y para los fines de la guerra á fin de oir lo que pasa cerca de una fortaleza ó en el campo de batalla.

Pero aun cuando este ingenioso aparato sólo sirviera para uno de los varios objetos indicados por el inventor, algunos de ellos de éxito dudoso y poco útiles en la práctica, merecería incondicionales alabanzas: en efecto, M. Henry recomienda que se provea á los buques de tres criptófonos, de los cuales uno, encerrado en una caja impermeable de construcción especial, se colocaría á proa y los otros dos á babor y á estribor, en comunicación cada uno de ellos con un teléfono especial emplazado en la cámara de guardia. El oficial, situado en ésta, podría oir por medio de los teléfonos en qué dirección del buque navega cualquier vapor que se acercara, qué dirección sigue y con qué velocidad anda, deduciendo esto último aproximadamente por el número é intervalo de golpes de la hélice.

Lograda esta aplicación, no sería difícil encontrar la manera de evitar los choques que el criptófono permitiría prevenir. Si este aparato realmente sirve para este objeto que señala el inventor, esta sola ventaja haría á éste acreedor al agradecimiento de toda la humanidad, pues el invento constituiría un inapreciable beneficio para la navegación, ya que ofrecería el medio si no de evitar por completo por lo menos de aminorar considerablemente los abordajes que tan fácilmente ocurren de noche ó en días de niebla ó de cerrazón.

Las pruebas verificadas en los puertos de Brest y de Cherburgo en presencia del almirante Gervais para ensayar el criptófono aplicado á este último objeto parece que han dado resultados muy satisfactorios.

(Del *Prometheus*)

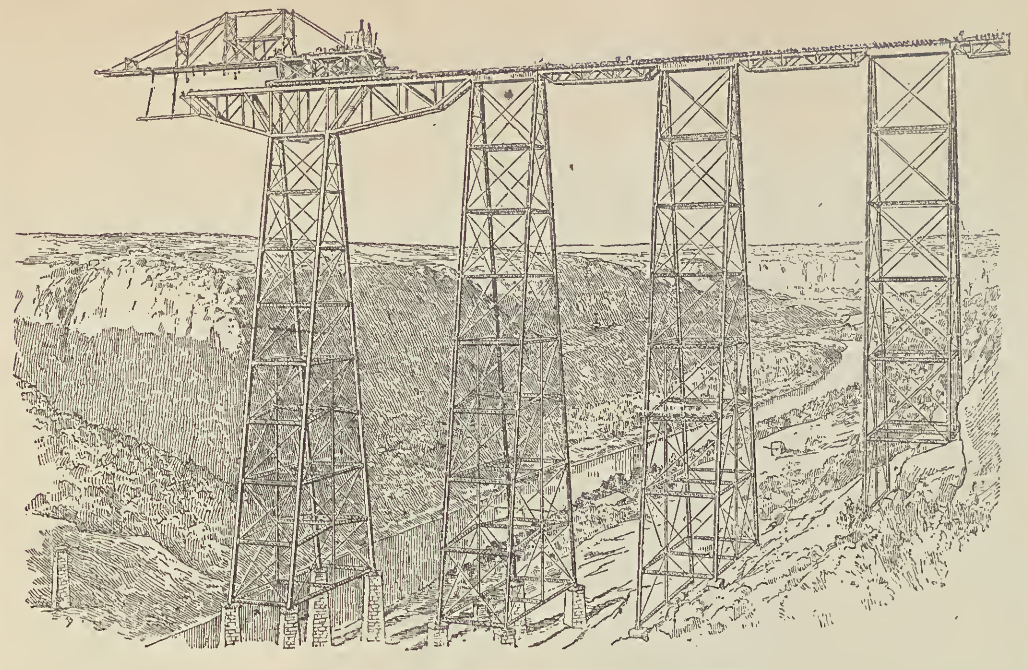
PUENTE DE HIERRO SOBRE EL BARRANCO DEL RÍO PECOS (TEXAS)

Este puente, todavía en construcción, está emplazado en la línea del Sud Pacífico, en el estado de Texas, y será el segundo en altura de todos los del mundo. El barranco del río Pecos sobre el cual se construye tiene una profundidad de 90 á 120 metros, lo que ha obligado á dar al viaducto una longitud de 654 metros y una elevación de 98 sobre la superficie del agua.

El único puente más alto que éste es el viaducto de Loa en el ferrocarril de Antofagasta (Bolivia). El viaducto de Pecos se compone de 48 arcos de distinta luz: el principal, construído por el sistema de modillones, tiene 55 metros de luz.

El puente es de una sola vía, á ambos lados de la cual hay caminos para peatones.

(Del *Prometheus*)



Puente de hierro sobre el barranco del río Pecos (Texas)

LA LLUVIA ARTIFICIAL

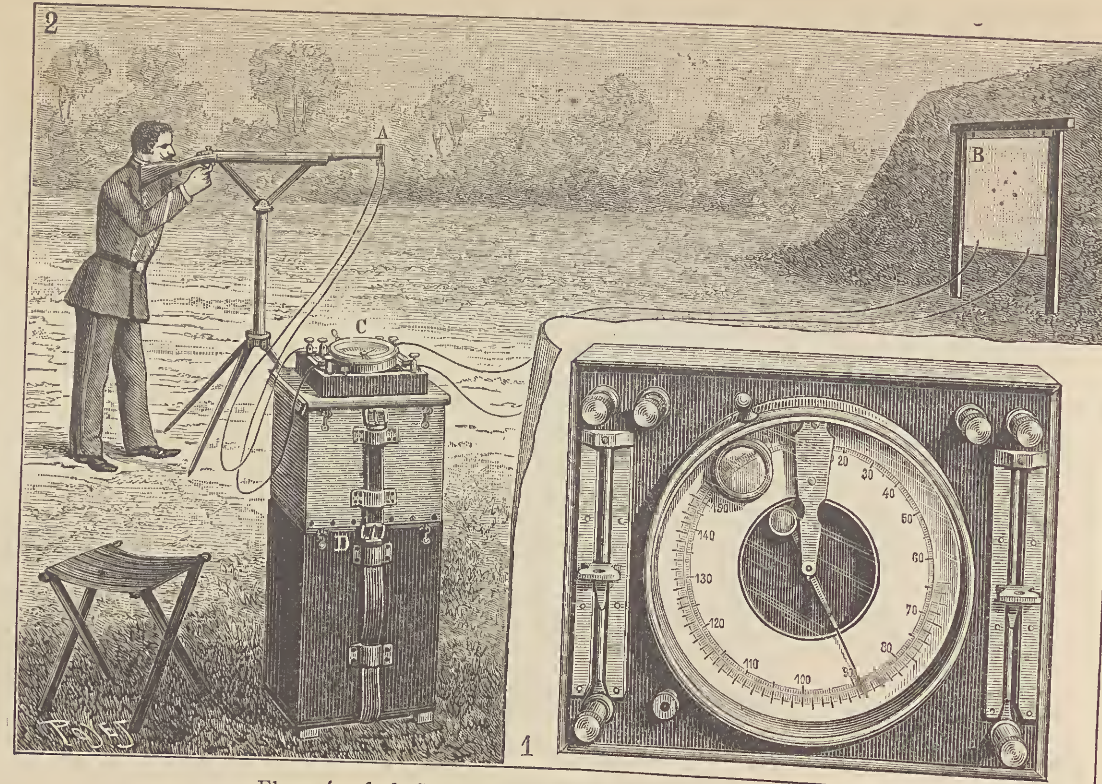
Los inventores siguen preocupados buscando el modo de producir la lluvia artificial: uno de los últimos procedimientos empleados para este objeto consiste en determinar la producción de un frío intenso en las regiones superiores de la atmósfera. El inventor de este sistema, M. H. W. Allen, consigue este resultado por medio de un cohete lleno de éter que impulsado por un mecanismo automático se pulveriza al través de una boca de regadera cuando el aparato alcanza su elevación máxima, que puede llegar hasta 1.600 metros. El cohete va provisto de un paracaídas que modera su velocidad al caer.

Son tantos ya y de tan deficientes resultados los aparatos empleados para suplir artificialmente la lluvia natural, que es de suponer que este ensayo será una decepción más.

EL CRONOGRAFO DE SCHMIDT

Este aparato ha sido expresamente construído para medir la velocidad inicial de los proyectiles, pudiendo apreciarse con él hasta una diezmilésima de segundo, y está basado sobre el siguiente principio: la regularidad y la rapidez del volante de escape aseguran las medidas de intervalos de tiempo cuya duración es inferior á una oscilación. Un mecanismo especial da una amplitud de 360 grados á este volante, en el cual va fijado el índice que ha de marcar las milésimas y diezmilésimas de segundo. Colocado este índice al cero de la graduación se arma el muelle á media vuelta, de modo que el volante en reposo de esta manera se encuentra en la misma situación que el volante libre al final de una oscilación. El volante anda y se para en virtud de la acción de una corriente eléctrica, interrumpida cuando la observación empieza y restablecida cuando termina.

El volante destinado á medir intervalos de tiempo inferiores á una oscilación es absolutamente independiente del muelle motor y del escape, y el índice se coloca á cero mediante un cerrojo especial. El volante, de hierro dulce, es mantenido en su situación de partida por la acción de electroimanes por los que pasa una corriente cuya intensidad se regula á voluntad y que permanecen inactivos y sueltan el volante al comenzar el experimento para volver á entrar en funciones y pararlo al final del mismo. Este dispositivo está combinado de manera que con él se evitan las pérdidas de tiempo que ofrecen muchos aparatos de este género al detenerse y al ponerse en movimiento.



El cronógrafo de Schmidt para medir la velocidad de los proyectiles
1. Detalle del círculo graduado del aparato. – 2. Vista en conjunto del experimento

Estos cronógrafos han sido aplicados á la medición de la velocidad inicial de un proyectil que, en el momento de salir del arma, corta la corriente atravesando un hilo tendido en un primer cuadro colocado delante del fusil: el cronógrafo empieza entonces á andar hasta que el proyectil atraviesa un segundo cuadro ó da en un blanco y marca la terminación del experimento.

La graduación del aparato en milésimas y diezmilésimas de segundo se facilita por el empleo de un disyuntor, consistente en un cuerpo pesado que cae y al caer interrumpe en distintos puntos fijados de antemano y en intervalos muy precisos la corriente de los electroimanes.

Los detalles del cronógrafo se ven en el primer plano del grabado. En el centro del aparato está el círculo graduado C con su aguja y á ambos lados del mismo hay los reostatos que regulan las dos corrientes, el primero de los cuales está en comunicación con el cuadro puesto delante del fusil. Al disparar, el proyectil interrumpe la primera corriente en A y el cronógrafo se pone en marcha hasta que el proyectil atraviesa el segundo cuadro ó da en el blanco B, de modo que puede leerse directamente el tiempo empleado por aquél para recorrer la distancia que media entre los dos cuadros.

El manejo de este cronógrafo es muy sencillo: una vez reguladas las dos corrientes por medio de los reostatos, basta oprimir un botón y colocar la aguja en el cero, con lo que aquél queda dispuesto para funcionar.

El cronógrafo Schmidt ofrece muchas ventajas sobre los empleados hasta ahora. Es muy portátil y no requiere ninguna instalación de fundación sólida; puede ser colocado muy cerca del fusil sin que la vibración de los disparos sea causa de error; no exige ningún conocimiento especial de parte del operador; la aguja del círculo se mueve y se detiene con gran precisión, y la lectura en este último es muy fácil, sobre todo con una lente especial montada en el aparato. Los resultados comparativos obtenidos en diversos polígonos han sido completamente favorables á este cronógrafo.

(De *La Nature*)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 9 DE JUNIO DE 1892 — NÚM. 545



¿Qué por qué llevo siempre sombrero de copa?



Hagan el favor de mirar cuál es la forma de mi cabeza



Tomen ustedes un sombrero hongo



Pónganmelo, y díganme si tengo ó no razón en llevar siempre chistera.

MOSÁICOS HIDRÁULICOS

ESCOFET, FORTUNY Y C.ª

BARCELONA.—RONDA DE SAN PEDRO, 8

Fábrica la más importante del mundo, la que tiene mayores existencias y mejores productos en su clase.

Como quiera que el ser muy viejo es una de las condiciones más esenciales que debe reunir todo material con base de cemento, nuestra casa no entrega sus renombrados mosáicos hidráulicos *ni ninguno de sus productos hasta pasado un año por lo ménos de su fabricación. De ahí el gran crédito y el inmenso y progresivo consumo que se hace no ya sólo en la Península y Ultramar sino hasta en el Extrangero.*

Otra de las cualidades que indudablemente influyen en la preferencia que hasta ahora viene dispensando el público inteligente y de refinado gusto á nuestros mosáicos, es por habernos separado de los rutinarios dibujos y de haber creado, debido á renombrados artistas y sin reparar en sacrificios, otros originales y de exclusiva propiedad de esta casa.

Especialidades de la casa

Baldosas para aceras, cuadras y cocheras, dando mejor resultado que cualquiera clase de piedra, y siendo su precio mucho más económico.

Baldosas especiales para salas de máquinas, recomendándose por su gran solidez y limpieza.

Gran novedad en baldosas relieve para arrimaderos y pasillos.

Baldosas para galerías, patios y terrazas al aire libre. Producto inalterable y resistiendo á los cambios bruscos de temperatura.

Losas de gran relieve para ornamentación de fachadas y zócalos.

Las humedades en los pisos y muros se evitan con el empleo de nuestros pavimentos y zócalos ó arrimaderos.

Nuestra casa garantiza todos los artículos de nuestra especial fabricación

Barcelona: Ronda de San Pedro, 8.

Casa en Madrid.



Efectos de un estornudo



Nuevo sistema de defensa contra los ladrones

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN